

Ensayo novelado

Escriben:

LUCY BARCO DE VALDERRAMA

BERNARDO VALDERRAMA ANDRADE

RAICES DEL PASADO

PERSONAJE: EL GUAQUERO



1

EL MENSAJE EN LA PIEDRA

Luis Urriaga camina...

Los tejados de paja, los muros encalados de Payandé, se pierden en un recodo del camino, tras la maleza de espinos entrelazados a lado y lado de la angosta carretera. Siente hundir sus pies en la tierra polvosa, donde a impulsos del viento se levantan pequeños torbellinos; los ve corretear como provistos de vida, deshacerse al tocar los troncos de los arbustos. Como ellos, los pensamientos le nacen en la mente, se recrean en el paisaje calenturiento, se borran con solo ladear la cara y pasar los ojos de los campos cultivados de café, bajo el sombrío de las plataneras, a la armonía lineal de los cañaduzales, los siembros verdes de yuca, o a las lejanas cordilleras azuladas, recordadas en un cielo que comienza a adornarse de pequeños cúmulos.

Con el medio día sus pasos lo llevan por el Valle de San Luis. Hay silencio en la naturaleza; quietud en las ramas altas de las acacias rojas; ausencia de trinos en el follaje; inmovilidad en el aire asfixiante. Solo las iridiscentes lagartijas denuncian su presencia al rebullir huyendo la hojarasca.

La violencia ha impuesto allí el suspenso trágico; chozas esparcidas por el valle, contraste gris con el verde lujuriente de los campos, muestran las puertas cerradas, y la carencia de sus moradores: han abandonado los hogares, temerosos de la horda salvaje que tiñe de sangre esas tierras otrora tranquilas y felices.

Luis Urriaga se siente solo... abrumado por esta forzada soledad. Ya sus pensamientos no le permiten gozar el paisaje; presente que es observado por ojos escondidos, sin poder adivinar de cuáles ángulos, bajo qué ramazones son seguidos sus movimientos. Pero no teme. No lo asusta la muerte ni se detiene a pensar en ella; la ha visto cerca muchas veces y por ello la desprecia o ignora. Es distinta su meta.

Grandes piedras negras comienzan a lucir su volumen como extraños catafalcos en medio de los sembrados; el rostro del hombre se anima: es moreno, aún más oscuro bajo el ala arrugada y deformada del sombrero. No se advierte en él la mezcla blanca; solo indígenas son sus facciones de ojos negros hipnóticos, nariz curvada como pico de águila, profundas arrugas en los pómulos, que bajan como tajos. Endereza la ancha espalda, en un cuerpo alto y nervudo de extraordinaria vitalidad... Un extraño instinto le indica la proximidad de un descubrimiento.

Se detiene sobre una eminencia ondulada del valle; no le importan ya los movimientos silenciosos que sabe lo siguen; trepa a un árbol cercano y desde él tiene una vista más amplia del panorama. En torno, acá y allá, resaltan las piedras negras desperdigadas en la campiña. Tras algunas de ellas, sabe se agazapan los bandoleros; pero no son ellos su interés.

Refleja en los ojos una seguridad que confirma su oficio, cuando se posan en cada una de las rocas como queriéndoles arrancar una verdad desconocida para otros; se detienen, penetrantes, en una de mayores proporciones, aplanada como mesa de antiguos sacrificios. Los labios muestran una ligera sonrisa con las comisuras hacia abajo. La agilidad de un mono lo

vuelve a tierra, con pasos largos, seguros, elásticos, avanza a campo traviesa.

Poco después emerge de la maleza espinosa y trepa a la gran roca; bajo el ala del sombrero chispean los ojos y blanquea la sonrisa; las manos quemadas por el sol, de dedos largos, recorren la piedra como acariciándola; en ella encuentra imperceptibles canales y promontorios, imposibles para otro que no sea él, gastados por el tiempo, la lluvia y el viento.

—¡Esta es!

Se dice en voz baja. Saca de una mochila de tela un pedazo de caliza y con ella pinta la piedra, al seguir cuidadoso cada una de sus rugosidades.

Pasan las horas: trazos blancos quedan de su trabajo lento y continuo; cuando al fin se incorpora, la gran mesa como de sacrificios, muestra una serie de extraños y diferentes jeroglíficos, de líneas curvas o rectas, a veces entrecruzadas en un perdido mensaje, otras en representación de aves y lagartos de primitivo dibujo.

Los ojos de Luis Urriaga se concentran en la penumbra de los párpados entornados; la mente trabaja; se graba los distintos signos, lucha por descifrar un contenido. Transcurre el tiempo. Cuando el sol descende sobre las lejanas cordilleras, se yergue, deja la gran roca negra, aparta los matorrales a dos manos, encamina los pasos apresurados en dirección a una cresta pétrea que emerge como la cerviz de un gigante antediluviano, semienterrado y petrificado miles de años atrás.

Poco después, los últimos rayos solares lo sorprenden al escarbar con un cincel a un lado de la cresta. Una laja descubre sus bordes labrados en tiempos precolombinos. El sudor le corre por la frente, chorrea en los brazos tostados, empapa la camisa en la espalda. Un esfuerzo final y la piedra cede, dando paso a una oscura oquedad no mayor de un metro en su entrada. Un olor viejo, casi asqueante, caliente, con penetración a pasado, envuelve por un instante la febril actividad del hombre que descubre su secreto.

Y como el sol se oculta con resplandores rojizos que llenan el cielo de arreboles, así Luis Urriaga empuña la linterna y se cuela en la negra boca.

Extraña es la noche del gUAQUERO... extraña como su vida. Duerme ahora en un recinto abovedado de unos cuatro metros cuadrados, al lado de un cuerpo momificado y flejado, que muestra en el pergamino amarillo de su rostro, la sonrisa de una muerte de siglos. Sobre el pecho y en el suelo, están desparramadas las viejas cuentas de un collar de piedrecillas horadadas de un tono verde opaco. En torno a los dos cuerpos, el uno horriblemente rígido, el otro largo, fuerte y en descanso, se insinúan las siluetas grisesas de los vasos de cerámica con sus formas redondeadas, la boca estrecha y volteada, los dibujos incisos en delicados trazos geométricos.

Media noche. Por primera vez desde que la tumba fue sellada, un rayo de luz penetra en el recinto funerario, llena de luminiscencia sus rincones, ilumina los pelados dientes de la momia, brilla en la sonrisa dormida del gUAQUERO.

2

LA PEPITA DE LA ESPERANZA

La mañana encuentra a Luis Urriaga en plena actividad fuera de la tumba indígena. Tiene alineados ante sí los vasos de alfarería que muestran a la luz los dibujos trazados tiempo atrás con afilados punzones; todavía conservan algo del color rojo, negro y amarillo que complementó su decoración. Uno a uno observa su contenido: es una pasta terrosa, en una época semillas o preparación de maíz, que habría de servir de alimento al muerto en su viaje de ultratumba. Luego, de un ánfora, saca cuentas de piedra redondas o alargadas, y por último una figurita deforme, de párpados semicerrados e hinchados, que al ser frotada, deja descubrir el oro en que fue elaborada.

La sonrisa del gUAQUERO, confirma la recompensa a su esfuerzo; levanta el rostro, mira a todos lados para asegurarse de no ser observado, ya tranquilo, se inmoviliza con la figurita en la palma de la mano. Solo sus dedos se mueven, la sopesan, la acarician... Levanta la vista a las cordilleras azuladas en la distancia y ve emerger sobre ellas el macizo nevado del Tolima.

Por asociación, un recuerdo ya borroso le viene del pasado.

* * *

Con la mente ve un caserío cordillerano, aferrado a los abruptos contrafuertes del nevado del Huila, en equilibrio sobre un escarpe. Su nombre, yace perdido en la semi-inconsciencia de los años infantiles.

Estruja con nostalgia los recuerdos para reconstruir el ambiente de un hogar ya ido, centrado en torno a las llamas que acarician la olla renegrida y grasosa. De la penumbra circundante, surge el rostro y las manos cariñosas y gastadas de su madre: con unos ojos dulces, profundos, observa atenta la sopa con recado, que hierve y habrá de alimentar las bocas anhelantes de media docena de chiquillos, apretujados sobre el armazón de palos recubiertos con piel de oso, donde se dan mutuo calor en espera del alimento que vendrá a renovar las calorías gastadas en un día de correteos. Del entramado de madera a manera de zarzo, caen al piso de tierra y blanquean por un momento, granos de maíz que son disputados de inmediato por los polluelos de la última cluecada, residentes de noche bajo el camastro.

La casucha es una sola pieza que sirve de alcoba y cocina; las paredes de estantillos enterrados en el piso muestran un color de humo grasoso; acre es el olor que se respira, combinado con el dulzón de la chicha en fermento; en uno de los rincones, resalta la silueta de madera gastada del trapiche casero; y cerca de él, el armazón del telar, filigrana de hilos donde su madre pasa muchas horas del día.

Fuera, ante la puerta, estalla alegre el latir del perro, anuncio a los pasos lentos y fuertes de su padre, que arrastra la jornada cumplida.

Cuando el sol esconde su cara en las altas montañas dominadas por el coloso blanco, Juan Urriaga endereza la espalda inclinada sobre los surcos, se aprieta con las manos los riñones cansados, levanta la cara hasta los escarpes, sobre los cuales se enrojecen de ocaso las casitas de techo de paja. Otro día igual a todos ha terminado. Solo sudor corre por sus miembros acostumbrados a la labranza, sin que su mente llegue a comprender lo rutinario. Con cuidado, para no lastimar el tierno maíz recién aporcado, se acerca a la quebrada; suelta el azadón ya corto y mellado por el uso; se inclina para beber las espumosas y frescas aguas que trae el frío del páramo; luego, por un tiempo que rige el resto de luz de día, hunde sus manos ca-

liosas en la arena aurífera, saca puñados y observa el contenido: cristales de colores suaves quedan al escurrirse el agua-barro por entre los dedos ligeramente abiertos; mira con detenimiento... luego los arroja con sonrisa resignada para repetir la operación... en sus manos parpadea un brillo de polvo de oro. A veces, a más de polvo, logra una pepita dorada, fascinante:

—“La María tendrá vestido nuevo pa Semana Santa”.

Es su pensamiento, o

—Compraré herramientas nuevas...

Cuando hay algún pequeño sin bautizo,

—El día que venga el señor cura, le diré que l’eché el agua santa.

Y a veces se recrea con una ilusión largamente acariciada con la María:

—Ya tamos completando pa bajar al pueblo y comprar casita con parcela.

En los sucios pantalones remendados, restrega las palmas callosas de las manos, se echa al hombro ruana y azadón, mira agradecido y contento las eras, con pasos lentos toma el empinado sendero que entre peñascos lo llevará al caserío, allá en la cima.

Bajo el dintel de la puerta, con el perro gozoso en saltos, emerge la figura alta de Juan Urriaga como llegada de la noche. Trae el rostro sonriente, surcado de arrugas, la mirada juguetona bajo las espesas cejas; en la mano extendida, enseña a la María la pepita brillante:

—¡Echa esto al calabazo!

Dice simplemente. La mujer, en cuyo rostro resignado se dibuja una sonrisa que embellece sus facciones indígenas, se incorpora, olvida por un instante el cocido, corre a un rincón de la pieza, descuelga el calabazo, deposita en él la pepita con ademanes de rito.

Las noches en que su padre tenía suerte en la quebrada, los pequeños se dormían con el arrullo de la conversación: como un sueño, en la imaginación, danzaba la casita en el pueblo,

la parcela cultivada en contorno, la posibilidad de escuela para los hijos... Si no había pepita, la más de las veces, todos sorbían la sopa de las cucharas de palo, en común silencio; se iban al camastro con piel de oso, sin otro arrullo que el de los polluelos abrigados con las plumas tibias de la clueca.

* * *

Luis Urriaga vuelve al presente. Son sus manos con la figurita de oro, una réplica de las de su padre, cuando en las noches entraba a la choza para enseñar la pepita a la María.

3

“EL BUEY”

“El Buey” frota con los dedos romos el cinturón de balas cruzado sobre el pecho: por el cuello de la sudada y mugrienta camisa, salpicada de sangre seca, apuntan mechones de vello canoso, mata tupida del tórax. Se sienta en un tronco, la espalda recostada en la pared del rancho destartalado; muestra una pasividad increíble para los asesinatos que es capaz de planear y ejecutar; de la papada colgante escurren hilillos de grasa; los ojos manzurrones, la nariz larga y exageradamente ancha en su remate, se confunde con los labios carnosos y recuerda al animal, origen de su apodo.

Parece adormilado, tranquilo, de movimientos tardos, sin embargo su cerebro trabaja ágil, mientras sin aparentarlo, sigue los movimientos de cada uno de sus hombres. Una madsen, “la tartamuda” en la jerga bandolera, descansa sobre sus abultadas rodillas y muestra ominosa la negra boca de la cual tantas veces ha salido la muerte para sus víctimas.

Un claro de tierra amarilla rodea el rancho; en torno se levanta el follaje espeso que trepa por los troncos de totumos, guácimos y algarrobos; el adorno de parásitas floridas, es una burla a aquel ambiente asesino. Cada trecho, formando un cerco en el lindero de la espesura, atisba un vigilante con las ropas malthechas, el rostro barbado que agrega años a su joven vida, consagrada al asalto y el crimen. En un extremo se ven tres promontorios de tierra recién movida, sobre los cuales zum-

ban nubes de mosquitos; es el batir de las alas el único sonido continuo.

Cruje la hojarasca pisoteada, se estremece el follaje; por un sendero mimetizado del bosque, llega un joven cuyo rostro lampiño denuncia su corta edad. Como sus otros compañeros, porta un fusil máuser, trofeo de algún combate con el ejército. Los cinturones de balas le oprimen el pecho hundido de paludismo; en el cinto, porta un largo cuchillo con el cual le han enseñado a ejecutar “el corte de franela”. Su aparición es recibida por los vigilantes, con movimientos de los dedos sobre el gatillo; también “El Buey” acaricia la pavonada madsen.

—Viene un hombre por el valle... sin armas. Porta un talego al parecer con provisiones.

Anuncia el recién llegado. El jefe bandolero lo mira, con sus ojos dulzarrones; la voz suena cansina cuando interpela:

—¿Hay indicio del ejército?

—Los informantes dicen que aún acampa en Payandé.

—¿Y ese hombre... qué?

—¿...?

—¿Ninguno lo conoce?... ¿Es de la región?

—No. Pero el “Veneno” cree conocerlo... Dice que es Luis Urriaga, un guaquero de renombre.

—¿Guaquero...?

El joven afirma con la cabeza. “El Buey” parece rumiar los pensamientos; se pasa el dorso de la mano izquierda por la frente, para contener el sudor que ya gotea en las cejas; dice tajante:

—Llame al “Veneno”... y usted reemplácelo. Que no se pierda de vista al intruso.

Y para sí, mientras el joven obedece y desaparece entre el follaje:

—¿Guaquero... será tal vez...?

Distiende los labios en una sonrisa que muestra su alma.

* * *

“El Buey” sigue en reposo. Llega el “Veneno” a rendir su informe:

—Si, creo lo conozco... Es Luis Urriaga, un guaquero muy conocido en Cunday.

El jefe bandolero parece ensimismarse:

—¿Qué puede traerlo aquí?

—¡El oro!... Lo huele en las tumbas de los indios.

Los ojos se le iluminan; se levanta con una agilidad que no concuerda a su aspecto. Coge un calabazo, bebe largos tragos de guarapo, se chorrea la barbilla, la papada, el vello del pecho.

Una expresión feroz adquieren las facciones, muestra los dientes manchados y carcomidos:

—¡Oro!... oro es lo que necesitamos. ¡Carajo!... La munición se acaba.

Piensa:

—“Si esto es cierto, no será necesario emboscar al ejército, atraído intencionalmente con la mutilación y asesinato de esa familia campesina... ¡Jah! Maldito hombre aquel... dio guerra acabarlo. Testigo sus tres hombres enterrados a espaldas del rancho. De no haberlo escogido por víctima, le hubiera servido para la cuadrilla; a la fuerza primero... como siempre; luego ya complicado. Y qué enemigo hubiera tenido el ejército... si con un machete le tumbó tres hombres...”.

Saca la lengua, la pasa por los labios como en saboreo. “Luego siguió la familia... ¡Jah!... Las muchachitas estaban muy pequeñas para saciar a su tropa: así no alcanza a tenerse gusto. Más bien la madre a pesar de su resistencia: algo dio aunque estaba por parir...”.

Sonríe malvado “El Buey” con sus recuerdos. Ya su mente solo se complace en salvajadas... su vida anterior....

—“¿Para qué pensar en ella otra vez?... Era matarife, bebía... siempre había para beber; ahora es matarife pero de seres humanos... ¿Distinto?... No tanto... siempre tripas, sangre, huesos y carne... Unos y otros son iguales... ¿O sí serán iguales?

Corta los pensamientos fastidiado. Con frecuencia desemboca en el mismo punto y no le gusta; es como un camino ineludible al que siempre llega. Pero ya se acostumbró a reconocerlo y abandonarlo para tomar por los atajos. Sí, su recurso son solo los atajos: en la cabeza y en el monte... Ya no tiene caminos. Ahora es matarife de seres humanos... hombres, mujeres, niños... sin discriminación. ¡Ah! ¡Y el ejército!

Ruge con fiereza; su conciencia aún busca el camino y él la obliga a volver a los atajos... Atajos... atajos... el guaquero... ¿y si encuentra oro?... Será fácil dejar que lo halle. Luego actuará él. Después... perderse en el monte.

* * *

“Veneno” lo mira como perro de presa en espera de la orden.

—Hay por acá una leyenda sobre un cementerio...

Comienza a decir. “El Buey” lo ataja:

—¡Al diablo con las leyendas!... ¿Dice que huele el oro?

—Eso dicen...

—Te arrepentirás si el guaquero no lo encuentra. ¡Síguelo! El oro por tu vida...

Tiembla el joven; cuando su jefe tutea, ronda la muerte. Su mano se acerca instintiva al gatillo del fusil, pero ya “la tartamuda” le apunta al pecho. Escapa acobardado, seguido de una risotada que espanta.

4

MUERTE DE UN MALVADO

“El Buey” es ambicioso; sueña ahora con el oro del guaquero. Los informantes llegan con regularidad hasta el puesto; aseguran que el ejército salió de Payandé, pero avanza con cautela y lentitud.

Calcula como un estratega los próximos movimientos; envía a su gente orden de replegarse; si el atraco al guaquero es fructífero, podrá evitar el encuentro con las fuerzas del gobier-

no y escapar al monte, para adquirir munición con el oro. Si no, realizará la emboscada al final del valle, donde la topografía y la vegetación boscosa serán sus cómplices.

Con diez hombres escogidos de su cuadrilla, avanzan en pos de “Veneno”, quien a su vez acecha a Luis Urriaga.

Es media mañana. Al frente divisa un espinazo de roca; desde los matorrales donde se oculta, ve la figura magra del guaquero abstraído en su oficio con los vasos de cerámica. Muy cerca de él, apenas a unos metros, se agazapa “Veneno” como un felino. Un viento cálido mece los follajes, susurra en las ramas altas donde las chicharras claman su canto estridente; el aire reverbera; siente una sed angustiosa: mira a sus hombres, los ve con los rostros húmedos, tensos los labios resecaos... Sin embargo la sed del oro es más fuerte.

Luis Urriaga termina su oficio. Con cuidado mete una a una las obras de antigua alfarería, dentro de la bóveda mortuoria. Trata los vasos con cariño, como si le fueran muy preciados. Es guaquero, profanador y ladrón de tumbas... es cierto; pero hace su trabajo con perfección que lo distingue. Tiene veneración por las obras de sus antepasados y no quiere destruirlas. Conoce el valor científico que otros, más sabios que él, desentrañan de los restos del pasado.

Coloca las ollas, los vasos y las ánforas, en los sitios que antes ocuparan en torno a la momia. No quiere que pueda adivinarse algún día el despojo a la tumba. En su interior siente algo semejante a la vergüenza... Si él fuera sabio, si pudiera ver esos objetos, toda la historia que ha visto relatada en los museos y revistas científicas. No necesitaría entonces, robar el oro de sus antepasados; sería todo un antropólogo o un arqueólogo digno de admiración... ¡Pero solo es un guaquero!

Por unos momentos su rostro refleja desilusión y amargura... Ante la vista de la momia y la alfarería en orden, cambia y se muestra orgulloso:

—Cuántos hombres de ciencia, sin saberlo, envidian mis secretos.

* * *

Una serie de explosiones retumba en el valle; en las paredes de la cámara mortuoria, en su exterior, rebotan las balas

con lluvia de piedras. De lejos vienen gritos y órdenes estentóreas. Con movimiento instintivo, el guaquero se tira de cabeza dentro de la tumba; con esfuerzo que le obliga a emplear todas sus fuerzas, levanta la laja y sella el recinto; los dedos le quedan aprisionados entre las rocas... Siente el dolor, la sangre le escurre por las muñecas, mas no intenta librarse. Las detonaciones, el impacto de los proyectiles, suenan apagados; la obscuridad lo envuelve, la tumba lo asfixia... pero allí está su salvación...

Pasan los minutos... una hora quizá... Luis Urriaga permanece con la misma inmovilidad de la momia; respira lento para no viciar el escaso aire; la sangre en las heridas se coagula; no escucha ningún movimiento en la laja, que pueda demostrar que lo han descubierto.

Cuando ya el aire es irrespirable y la cabeza le da vueltas, reúne las fuerzas que le restan, recarga todo el peso del cuerpo, hace saltar la laja; el aire fresco invade la cámara abovedada, expande sus pulmones... escucha... Solo silencio hay en el exterior; hasta las chicharras han callado. Espera unos minutos, aventura la cabeza fuera, el sol le calienta la nuca, desentume sus miembros ateridos del frío subterráneo. Mira en contorno... nada se mueve. No hay presencia viviente, salvo una verde lagartija que asoma tras un pedrusco, lo mira de lado con sus ojillos redondos, al par que una de sus patitas delanteras permanece en el aire, como temblorosa. Detonaciones, cada vez más lejanas, llegan traídas por el viento.

Sale. Con premura vuelve a sellar la tumba; tapa con tierra y greda las juntas; se escurre con la misma celeridad de la lagartija que antes viera huír al hacer él un movimiento; en uno de los bolsillos, siente el bulto de la estatuilla de oro.

Al pie del espinazo rocoso comprende el drama. Varios cuerpos con las ropas desgarradas, en actitudes grotescas, cargados de cinturones de balas, los fusiles aún calientes por el combate vierten sangre negruzca por los orificios de entrada de los proyectiles. Uno de ellos se destaca de los otros por su gran corpulencia, el vello canoso que sale en mechones por el cuello de la camisa, la negra madsen en las manos agarrotadas sobre el gatillo. Su rostro es lo más particular... las facciones, los ojos... recuerdan los de un buey degollado en el matadero.

* * *

En la primera página de "El Siglo", diario de la capital, se lee un titular:

"El Buey", peligroso bandolero, fue eliminado por el ejército.

Y en letra más pequeña uno de los párrafos relata:

... "en forma inexplicable, este peligroso bandolero que había burlado a las fuerzas del orden en muchas oportunidades, fue abatido con once componentes de su cuadrilla, cuando rodeaba un montículo rocoso sin motivo aparente".

* * *

Débiles, han quedado atrás las luces de Payandé. Iluminado por la luz de la luna, de las estrellas y las luciérnagas de luminiscencia de fuego fatuo, va Luis Urriaga. A su paso estalla el chirrido en crescendo de las cigarras; de vez en cuando, siente sobre su cabeza el paso fantasmal de un guácharo, que en la obscuridad busca las ramas de la nectandra, para arrancarle las semillas al vuelo.

5

LOS TESOROS DEL GUAQUERO

Frondosos árboles de mango, con ramas cargadas de frutos, forman una cortina entre la carretera y la casa vieja de muros gruesos, deformes como si sobre ellos se hubiera ensañado un raro reumatismo; la paja del techo se mezcla con hojas de palma; un rojo bugambil trepa y adorna la fachada de puertas y ventanas carcomidas, donde quedan algunos rastros de pintura verde.

En el patio, una mujer encanecida prematuramente, de rostro dulce pese a su nariz curva, maneja en movimientos prácticos la mano de moler; deja el maíz convertido en una masa jugosa de harina y afrecho. Pollos, pavos y gallinetas, entre los que resaltan negros patos de largas extremidades amarillas, rodean atentos a la mujer y la piedra, para devorar la masa desbordada del recipiente.

Como una prolongación de la casa, se levanta ruinoso la construcción de madera, latas y pilones de un galpón; bajo el

techo oxidado, sobre bloques de cemento, se sienta el trapiche de rodillos gastados y grandes fondos de cobre adquiridos a un gitano; un cono blanco de bagazo de caña, aún fresco, dulzón, oloroso, muestra la reciente molienda; sobre una mesa larga, de viejos tablones, se alinean ordenadas en atados de calceta, las panelas que irán al mercado.

Hasta los linderos de la enramada llega el extenso cultivo de caña, con su horizonte de bosques umbríos, donde hay gran revuelo de cardenales, toches y azulejos, entre la maraña de las lianas, las enredaderas y las parásitas: es La Selva de Luis Urriaga, paraje singular como su dueño.

Enclavada a unos cuantos kilómetros de Ibagué, sola en medio de grandes extensiones cultivadas, emerge La Selva, único vestigio natural, antiguo imperio selvático del inclinado valle surcado en profundos tajos por el río Combeima; es este retazo de tierra, dominado por la fronda secular de los algarrobos, el cuspare, el palosanto y el cedro, donde el guaquero disfruta de uno de sus tantos hogares...; porque son muchos según el decir de las gentes campesinas, quienes ven en su alta y magra figura, un poder que les despierta el temor espiritioso: lo saben poseedor del secreto de las tumbas indígenas, y también, de los cauces subterráneos labrados por los ríos del Tolima y del Huila, antes de aflorar sus aguas a la superficie, por los cuales habita y recorre, con preferencia a los caminos del sol.

En épocas de violencia, flagelo siniestro de los campos, cuya cara sangrienta asomó con descaro a las mismas puertas de Ibagué, solo hubo paz en La Selva de Luis Urriaga, pese a ser sus dominios lugar propicio de guarida a los portadores del dolor. Hasta las implacables huestes bandoleras, sintieron temor y respeto por el guaquero; en él encontraron desprecio por sus armas homicidas, o paralizó los dedos en los gatillos, con el solo poder de la mirada.

* * *

Con sigilo natural a sus desplazamientos, hace su aparición al lado de la mujer canosa, quien lo mira sin sobresalto, serena en las facciones de una similitud que proclama el mismo origen; los perros laten, lo rodean en saltos alegres, reciben sus caricias en los lomos, se ven llamados por sus nombres: el Pijao, el Yalcón, Andaquí... con regocijo, toma tiras secas de

carne salada, las distribuye sin medida, evita mirar a su hermana, consternada con el despilfarro; de la vasija saca dos manotadas de maíz, extiende los brazos y los ofrece a las aves; una de ellas, el "Diostedé", extraña, desgarbada, con negras hila-chas en vez de plumas, salta a su hombro, le picotea las orejas, le escarba y saca del cabello la tierra del camino.

—Hermana... traigo mucha hambre. Sonríe, respira hondo. Huelo la caña... ¿hubo molienda?

—La hubo. El doctor Cañas se encargó de todo como en otras ocasiones... Hace una pausa comprensiva; mañana se llevará al mercado.

La mujer va a la cocina; se oye el rebullir de los chuzos para avivar las brasas, el sonido metálico de las ollas al correr sobre la parrilla, el tintineo de platos y cubiertos. Por su parte el guaquero entra a la casa, estancia amplia de penumbra acogedora y fresca; abre un viejo y grande candado de antigua procedencia española que asegura una puerta al fondo de la sala, se cuela a una habitación sin ventanas. A tientas prende una lámpara de mecha, la luz se esparce, titila por el piso de gastadas tabletas de ladrillo, reproduce en sombras las negras vigas entramadas del techo; en las paredes, cuelgan de oxidados puntillones, aperos de montar, rejos, cables de manila y morrales; el único mobiliario es un desvencijado catre contra uno de los rincones; lo demás es curioso, variado, desconcertante: un museo clandestino. Largas repisas de tosca madera lucen toda clase de objetos y figurillas indígenas, algunas de oro; hay vasos antropomorfos de cerámica muisca, donde sobre las tapas se alzan extáticos y contrahechos, representaciones de hombres y mujeres con caras somnolientas, de ojos semicerrados y abultados en los párpados, con jorobas en la espalda que sirven de asa; también hay curiosos gafolafios, pregón del ahorro practicado en tiempos antiguos; vasos de cerámica premuisca, adornados de motivos humanos, con la tosquedad de las primeras experiencias artísticas. En una estantería cercana al catre, se alinean o cuelgan las muestras extraordinarias de la orfebrería: estilizaciones geométricas de los taironas, narigueras, cinturones laminados, la representación feroz del Dios-Jaguar; figuras zoomorfas de los sinúes, collares y prendedores en delicada filigrana; tunjos muisca de rostros trapezoidales, adornos en forma de caracol, pájaros y serpientes; coronas, cetros y

maskarillas kalimas, símbolos de los ritos y la autoridad de sus fabricantes; la maravilla fantástica de los quimbayas, en sus pectorales, patenas, cascabeles, tembetas, recipientes litúrgicos, trompetas rematadas en boquillas con figura femenina, enjaezada de collares y un bonete dibujado con círculos, triángulos, cintas, trabajados con admirable esmero. En otro muro, como piezas de un increíble ajedrez hacen formaciones las estatui-llas de barro, algunas sentadas, otras de pie, con escudos, lanzas, rostros grotescos, sexos prominentes y exagerados. La decoración incisa, el raspado, el pastillaje, el decorado ondulado y continuo por presión de los dedos, muestran en otro punto de la estancia la artesanía de los viejos alfareros, quienes dejaron el recuerdo de su habilidad en las tumbas, los templos, o los basureros de los antiguos centros poblados, hasta los cuales ha llegado Luis Urriaga a través de incansables años de exploración. Sobre el piso, en las esquinas, se insinúan a la luz pobre de la lámpara, las altas urnas funerarias, con sus curiosas delineaciones antropomorfas, que en un sexo casi escandaloso, indican la clase de restos que guardaron. Mas la figura central, dominante en el tesoro del guaquero, es una escultura traída de Tierradentro, con un largo tocado sobre los hombros, collar de cintas, pulsera de cuentas en los brazos doblados sobre el pecho en posición forzada: parece la representación de una diosa o sacerdotiza, idealizada para la eternidad en el bloque de diorita regiamente tallado. A sus pies, como símbolo de lo perecedero, se acurruca amarillenta una momia de párpados aplastados sobre las cuencas vacías, mechones grises de pelo, facciones corroídas en horripilante mueca, la dentadura opaca, completa, retadora en macabra sonrisa de siglos.

Con la propiedad de quien domina los secretos de antiguas civilizaciones, Luis Urriaga se desenvuelve en la habitación que huele a cosa de años; coloca la estatuilla en una de las repisas destinadas a la orfebrería Tolima, luego de frotarla y darle el brillo que el lejano artífice debió admirar en su obra. Al verla como una pieza más de su museo, le cruza el rostro un relámpago de tristeza: es su conciencia siempre inconforme... su orgullo pisoteado años atrás... su venganza solitaria y callada.

El llamado repetido de su hermana lo saca de sus lucubraciones mentales; los mordiscos del hambre lo vuelven a la realidad... Cuando regresa a su raro santuario, se tiende sobre el camastro para descansar la fatiga de su larga travesía. Apaga

la luz... relaja los músculos... cierra los ojos. Con el sueño, invoca un recuerdo cuya representación le produce deleite.

6

ADIOS AL ULTIMO REDUCTO

Sigue los pasos lentos y fuertes de su padre, seguros en el sendero rocoso al borde del abismo. En los escarpes quedan grises las chozas, una de ellas el hogar hasta ese día; el anterior dijo su padre a la María:

—¿Cómo está el calabazo?

—Va por mitad.

—Es lo que esperamos. Podemos dejar estas tierras y bajar a Inzá; allá tendremos casa, mejor vida, tierra de cultivo y en la escuela parroquial, educación para los hijos.

Su madre comenzó de inmediato los preparativos; no eran muchos los haberes en su casa de una alcoba.

* * *

Cuando ve todo listo, Juan Urriaga dice al hijo mayor:

—Vaya por la burra. Hoy partimos.

Luis obedece; de las afueras del caserío trae la bestia, la cincha, ayuda a cargarla con bártulos; las gigras con coca y poporo son provisión importante para las largas jornadas que les esperan.

El día es claro, frío, despejado; de los campos sembrados en pequeñas parcelas, se levantan convulsos los cerros empinados, abruptos, cubiertos de espesa maleza: arriba se trocarán en vastas extensiones paramunas, para rematar al final en el gigante de nieve que derrite su blancura en pequeños arroyos saltarines; el sol hace brillante y esplendoroso el imponente pico, encandila con sus farallones de cristal gélido. Abajo, la familia campesina inicia un peregrinaje, rumbo a lo que ellos consideran la civilización. Adelante va Juan Urriaga, recio, endurecido como el tronco añoso de un árbol, las herramientas al hombro, amortiguado su peso con la ruana; lo sigue Luis, la vista en los talones de su padre, atento al lugar donde pisa

para él hacer lo mismo en su deseo de imitarlo; lleva a dos manos el rejo que tira de la burra y su pila de jotos; la María cierra la marcha, parece arriar los hijos pequeños, trotones con el perro, distraídos con la novedad del viaje.

Descienden de los escarpes por el sendero rocoso tantas veces hollado por el padre; en la cañada, hay agradecimiento de Juan y la María, al pedazo de tierra que aún muestra las eras, a la quebrada aurífera que no les escatimó la pepita dorada; una mirada tierna se cruza por los dos rostros, expresión desacostumbrada dentro de su vida de sacrificio; dan luego la espalda a ese amplio y cerrado mundo que los ha visto nacer y quererse, y por el tortuoso camino empinado, de lajas gastadas, buscan el futuro con alma alegre, cargada de ilusiones.

En los cañones profundos, retumban los ecos de las aguas que bajan del nevado; hay niebla en las cañadas; los árboles de costra dura, lucen envueltos en musgo verde, rojo o plateado, abrigo a sus brazos donde el follaje muestra una inclinación uniforme por la fuerza constante del viento; en sus nudos, los quiches hacen ramilletes de flores rojas y amarillas, con el corazón desbordante de agua fresca brindada a las aves.

Abajo... muy abajo, esperan hallar un pueblo grato a sus aspiraciones...

Arriba... muy arriba, desde las goteras del nevado del Huila hasta las crestas paramunas o boscosas, donde se extienden y engruesan los poderosos contrafuertes del macizo andino, quedan puñados de seres ariscos, aislados, vestigios de razas paece, pijaos o yalcones, lanzados por la civilización al último reducto.

* * *

En el sopor que precede al sueño, rodeado de la artesanía de sus antecesores, Luis Urriaga ve lejano el paisaje... las agrestes montañas, el nevado del Huila, y en los escarpes, las chozas grises del caserío donde son realidad sus primeros recuerdos...

Da vuelta en la cama; expira la luz de la lámpara; en la pared del frente, hace sombra y silueta la diosa milenaria de Tierradentro... Clava los ojos en el rostro de piedra... poco a poco sus contornos se desvanecen...

EL TESORO DE LOS ZIPAS

Nemocón queda atrás. Sobre los bosques de ocales, cabello perfumado de los cerros que guardan la sal, asoman las casas españolas, de paredes de adobe encalado y techos rojos de teja de barro. Las dos torres de la iglesia colonial, coronadas por cruces de filigrana de hierro, asoman por los claros del follaje plateado. Un sendero de cantos rodados, ruta de antiguos indios cuando fue allí su centro, se aleja por las fértiles veredas rumbo a las alturas del páramo.

Un burro cargado de tintineantes botellas de cerveza encerradas en una caja de madera, de cables enrollados, de provisiones, trota con sus menudos cascos e impone la marcha al campesino que sirve de guía a Luis Urriaga y su amigo el doctor Cañas; contrasta la agilidad de los dos primeros con la lentitud del agrónomo; la delgadez del guaquero con la obesidad de su acompañante; las facciones de águila del uno, con las de luna llena del profesional; sin embargo, los une una misma misión y aficiones: la guaquería.

Campesinos endomingados, de blancos alpargates y sombreros de paja, vestidos limpios en los hombres y en las mujeres brillantes pañolones de seda y flecos, se cruzan con los caminantes. Van al pueblo a misa y mercado, el rostro alegre, limpio de jabón de tierra. Para los forasteros su saludo es el mismo:

—Buenas señores.

Y para el campesino que guía la burra.

—¿Hoy no bajas al pueblo Miguel?

* * *

Por faldas abruptas, zigzagueando, trepan en silencio, la respiración ruidosa, los pulmones doloridos por el esfuerzo, gran cansancio en las corvas; el mismo burro ahora no trota, con frecuencia interrumpe la marcha, para solo reanudarla cuando Miguel grita ahogado:

—¡Ja... Ja!

La gran altiplanicie comienza a vislumbrarse en tonos de variada verdura. Por oriente, el sol se eleva, riega de oro el contorno de las cordilleras, poco antes azuladas, hace correr la niebla a las cimas más altas. Plantaciones de trigo y cebada, con espigas maduras, alternan figuras y retazos con el verde intenso de los sembrados de papa, o los potreros donde motean blanquinegros los hatos lecheros en la cercanía de los establos; casas centenarias, recuerdos de pasadas épocas, aún subsisten con su construcción duradera a la sombra de los pinos; las haciendas se alinderan por largas filas de elevados eucaliptos, quietos como guardianes; siguiendo el curso sinuoso del río, ahora oculto por un espeso cordón de niebla, ondula el llorón verde-claro de los sauces. El aire es fresco, reconfortante, lleno de perfume de pajonal y maleza; las moras silvestres enrojecen el tono cambiante de los arbustos, donde se esconden las aguadijas, calmantes de la sed de los viajeros.

Pasadas dos horas de camino, se insinúa la proximidad del páramo con su frío penetrante, el viento silbador, los árboles enanos, el pajonal aceitoso y resbaladizo, los primeros plateados frailejones. Un alto en la marcha permite a Luis Urriaga y al doctor Cañas apreciar a sus pies la gran sabana, antaño imperio de los Zipas. Desde el lomo arisco y angosto de la montaña, ven antiguos centros indios, hoy transformados en poblaciones florecientes y ricas: Zipaquirá, Nemocón, Tocancipá, Gachancipá, Sesquilé, Sopó, Cajicá, nombres chibchas perpetuados por las construcciones que en ellos levantaron los españoles, ahora incorporados a la civilización moderna con redes de carreteras y el gusano metálico, pintoresco y humeante del ferrocarril.

Miguel, con su ropa que huele a sudor, observa con facciones inescrutables de indio, al guaquero y su amigo, abismados con el vasto paisaje, milenario dominio de los muiscas.

—“¿Cómo se enteraron de la leyenda? Piensa. ¿Qué impulso los trae a estos altos lugares a desentrañar su misterio?”.

No lo sabe. Pero días atrás se presentaron a su rancho a orillas del camino veredal que de Nemocón va a Tocancipá:

—¿Miguel... puede guiarnos al páramo?

—Como no señores. Pero pa ir allá no necesitan de guía... basta subir...

Respondió taimado y burlón. El doctor Cañas insistió:

—No se trata solo de subir... Sabemos de la leyenda y usted conoce el sitio. ¿Cuánto cobra por llevarnos?

Miguel quedó perplejo. Hacía muchos años nadie se interesaba por esa historia, transmitida a él por herencia.

—¿Van en busca del oro?

El doctor Cañas asintió solemne; el otro lo miró con ojos que sondeaban el alma.

—¿Quién les dijo? Y sin esperar respuesta: —Dicen que en el páramo hay enterrado mucho oro...

Con mirada lejana, puesta en las distantes montañas, relató la leyenda del Zipa: los conquistadores codiciosos del oro de los indios, se habían lanzado a una orgía de tortura y de sangre, para hacerlos confesar el lugar donde ocultaban los tesoros. Con el correr de los siglos, este recuerdo ignominioso persistía en los sucesores de los chibchas, quienes en cuanta gruta o caverna abría su negra boca en los cerros, ubicaron con su imaginación ingenua, las fabulosas riquezas escondidas por sus antepasados. Algunos hallazgos, la mayor de las veces ocasionales, dieron pauta a confirmar estas historias; Luis Urriaga, con una constancia impresionante, verificaba estos decires, sufría decepciones, alcanzaba resultados sorprendentes, que en su curiosa obsesión se callaba: la influencia civilizada lo movía, como a los conquistadores cientos de años atrás, a la busca del dorado; cuando lo hallaba, la sangre indígena que corría por sus venas, lo obligaba a guardar el secreto a sus descubrimientos.

Miguel, guía ahora a este extraño personaje y a su amigo el doctor Cañas, venido de las sabanas costeras de Bolívar; es el rechoncho hombrecito, a quien la fatiga le perjudica su habitual parlanchinería, el único ser viviente conocedor de los secretos del guaquero.

Las lomas aplanadas barridas por el viento, solo pobladas de pajonal amarillo y felpudos frailejones, se desenvuelven en torno a los caminantes con su frío y su silencio. El aire enrarecido obliga la marcha lenta pero continua para evitar el congelamiento. Espesas nubes, cargadas de llovizna menuda e ince-

sante, se abaten sobre ellos, los rodean, los oculta a unos de otros, pierde el paisaje; luego se abren, como rasgadas por el presuroso viento, dejan ver muy abajo la fértil sabana, o las rocas negras y labradas en curiosas formas.

Al compás de sus pasos, el desolado paisaje paramuno trae recuerdos al guaquero. En un alto obligado para recuperar fuerzas y calentar el organismo con unos tragos de aguardiente, extrae del pasado, con voz monótona, pausada de monólogo, el viaje en su juventud; el doctor Cañas lo escucha reverente; el campesino, con docilidad de raza.

8

EL MONSTRUO DEL PARAMO

El cielo limpio, de un azul muy tenue, se adorna con cintas blancas horizontales que parecen cortar las cimas más altas de la cordillera; colchas de cúmulos, cubren inmensas extensiones de las tierras bajas; el aire está quieto, de un frío reconfortante sobre el lomo aplanado del páramo, vestido de pajonal y plumeros de fraylejón con la vara de flores doradas.

La senda apenas se insinúa, serpentea, rodea lagunas creadas por las depresiones del terreno; solo la necesidad imperiosa, arriesga a las gentes a viajar por tales alturas; los venados melenudos de ramificada cornamenta, levantan la cabeza, otean al intruso, se pierden en rápida carrera tras las graníticas moles talladas por la lluvia y el viento.

Juan Urriaga y su familia avanzan con paso lento, rítmico, impuesto por la atmósfera enrarecida y la temperatura; mambean para renovar las fuerzas y matar el hambre: la bola de coca abulta los pómulos de cada uno. Sobre la ropa de lienzo, sujetan con cinturones gruesas ruanas negras, para protección del helaje; los rostros enrojecidos, dan un toque de color a la familia emigrante.

No hablan por temor a desatar la tormenta con el timbre de sus voces y poner "bravo" al páramo; esta imprudencia, ha provocado tragedias en los caminantes, cuyos cuerpos son hallados con las facciones moradas y agarrotados los dedos, en desesperado ademán para huír de la muerte del hielo.

A sus espaldas, cada vez más lejano, parece mirarlos y despedirlos el cono de nieve del Huila; al frente, el volcán nevado del Puracé les indica la ruta sobre el Páramo de Moras; a derecha e izquierda, las extensiones aplanadas se prolongan hacia el sur, se arrugan en lontananza, caen en vertiginosos cañones donde se adivinan los trabajos incesantes de los glaciares en épocas remotas, hoy cubiertos sus cauces de vegetación hirsuta y achaparrada.

El orden en la marcha no se altera. Al recordar una vieja leyenda, Juan Urriaga observa atento las marcas dejadas por pisadas de animales o su estiércol; en la mirada hay una tensión creciente...

Al llegar la noche, cruzan el límite entre el páramo de Moras y Las Delicias; en la oquedad de una roca improvisan albergue; el padre, ayudado por Luis, confecciona para la María y los pequeños, colchones de frailejón; prenden una hoguera, se alimentan con las pocas provisiones existentes; desde el refugio, escuchan sobrecoídos el ulular del viento, con su acompañamiento de nubes fantasmales.

En un rincón, tiritando de frío, con el estómago en un continuado chirrido, Luis no aparta la mirada de las recias facciones de su padre; parecen talladas en piedra, en estoica expresión que le inspiran protección. El sueño no le cosquillea los párpados; en raciocinio infantil, no atina a comprender, cómo lugar tan inhóspito puede llevar el nombre de páramo de Las Delicias.

Con la madrugada reemprenden el viaje; a pocos pasos de la cueva que sirvió de albergue, Juan Urriaga se detiene inquieto; sobre el piso de blanda tierra, al borde de un charco, descubre una gran huella; pálido, con los ojos espantados, dice a la María:

—El monstruo del páramo... ¡mira su huella!

La mujer, con el más pequeño de sus hijos escondido bajo la gruesa manta, aferrado al seno, siente ahogadas las palabras.

—“¿Será verdad este relato?”.

Piensa angustiada; recuerda la leyenda indígena, de un ser descomunal, feroz, habitante del páramo, donde acecha el paso de los viajeros para satisfacer el hambre. ¿Acaso deban

ellos padecer el mortal encuentro?... ¿Y todas sus ilusiones, depositadas ahora en las pepitas de oro del calabazo, tendrán un final triste e inesperado?... ¿No quedará de sus vidas, más que los cuerpos destrozados por la voracidad de la fiera?...

Juan Urriaga deja correr la mirada por el páramo, con recelo que no puede ocultar; tiemblan todos sus miembros al escrutar las moles rocosas, vestidas de liquen y musgo; teme tras ellas la aparición de un ser que nadie ha vivido para contarle. A escasos metros, resalta sobre el grisoso pajonal, una pirámide de estiércol de gran tamaño, aún humeante...

—Apresurémonos... ¡debe estar cerca!

La María, que nunca lo ha visto acobardado, siente crecer el temor; ya las gruesas mantas no la protegen de un frío interior que la sobrecoge; con rostro despavorido, obliga a los chiquillos a correr en pos de las grandes zancadas del padre. Una niebla densa los envuelve y acrecienta los temores, aúlla el viento cargado de llovizna, les castiga manos y cara, hace inciertos sus pasos. Las lejanas cimas del nudo andino, el cono blanco del Puracé antes radiante de luz, desaparecen a su vista, un vórtice de niebla los sacude, los traga... los pierde unos de otros.

El padre se multiplica, ayuda a los hijos, sostiene a la María, arrea la burra; el perro gime y se eriza pegado a sus piernas...

Así como llega el temporal de viento, de nieve y de lluvia, en horas que parecen eternas, también así pasa; vuelve el reino de la tranquilidad y el silencio en las vastas soledades; ahora divisan el camino de lajas de piedra, trepar por las ariscas vertientes del Cauca, para coronar el lomo de la cordillera central y conducir a las boscosas regiones del Páez. La ruta milenaria infunde confianza a sus almas; sienten la protección de centenares de antepasados que han gastado con sus pies las lajas bordeadas de grama felpuda; cuando divisan un grupo de a caballo su alegría se hace incontenible.

El rostro de Juan se surca de arrugas sonrientes; en la María hay lágrimas de felicidad; los pequeños comprenden que el mal ha pasado; hasta el perro juguetea y ladra a las figuras movibles y borrosas en el horizonte.

El grupo de a caballo se detiene ante la familia emigrante, sin comprender bien la dichosa expresión de sus rostros; uno de ellos, cubierta la cabeza con un aplanado sombrero guambiano, sonríe bondadoso, mira a los viajeros con dulzura de pastor; sobre los zamarreros de piel de buey gastada, se arruga y empolva la negra sotana, salpicada de punticos de escarcha; la María no tarda en reconocer su oficio, cae de rodillas con el rostro iluminado y las mejillas surcadas de lágrimas:

—¡Padrecito!... ¡Dios nos lo ha enviado!

El sacerdote de sienes canosas y tupidas, aureola de plata que invoca varonil santidad a su rostro, se lleva un dedo a los labios, responde sereno y compasivo:

—Habla bajo mujer... no sea, pongas “bravo” al páramo... ¿Qué te aflige?

Juan Urriaga responde por la María:

—...El monstruo del páramo... vimos su huella y su plasta. No hace mucho pasó por estos lados...

—Habrá sido un oso... no creo...

—¡Padre, fue la fiera del páramo... su huella es muy grande!

Con ademán de las manos explica el tamaño.

—Y el estiércol... ¡nunca vi cosa igual!

—¿De qué habla?

La pregunta viene de un acompañante del misionero, cuyas nobles facciones bajo una espesa barba rojiza, proclaman su procedencia extranjera. El cura hace una breve explicación sobre la leyenda del páramo, intervenido por Juan, quien señala con el brazo extendido las lejanas montañas; dos indios guambianos que sirven de guías, dan veracidad a las palabras con ojos de susto y expresivos ademanes afirmativos de cabeza.

A instancia del extranjero, los indios ceden las cabalgaduras a la María y los muchachos; la marcha prosigue por el serpenteante camino de piedras, inician el descenso a las regiones más acogedoras; en ellas, desde un alto, divisan lejano y blanco, el pequeño pueblito de Inzá, meta común de los viajeros.

Entrada la noche, los cascotes repican y chispean sobre las callejas empedradas del pueblo; los habitantes asoman curiosos el rostro a las puertas; la luna llena eleva su silueta sobre los montes cercanos, resalta las copas de los árboles, resbala sobre los techos inclinados de paja y barro su luz tranquila, clarea los muros con blancura de lápida.

La casa misional abre su puerta de troncos a los cansados viajeros, sirve esa noche de techo a Juan y su familia; en un corredor, sobre estereras, duermen con rostro sereno la meta cumplida; en el patio, el perro está inquieto, ladra a la luna, corre, husmea, orina los rincones extraños.

Bajo la luz de una vela, en improvisada mesa de trabajo, el extranjero de barba rojiza cumple la tarea científica que lo ha traído a estos parajes; describe en hojas de cuaderno los paisajes andinos y sus curiosas leyendas.

* * *

Sobre los tejados de Inzá rebota el claro tañer de la campana en la casa misional. Su eco se multiplica y aleja, trepa los cerros boscosos, se cuele por los caños de las vertientes tejidas de chusque. Es el toque madrugador; despierta a las gentes en las casitas del pueblo. El humo hace filigranas en el aire frío y mañanero, anuncio de los primeros trajines femeninos. Chiquillos van y vienen, con calabazos y tarros de agua. Frente a las puertas de estantillos, retintínean los azadones afilados para la labranza. Al tercer toque, los hombres paeces, recios y activos, desfilan por los caminitos en busca de las eras, las mujeres, concluido el primer trabajo casero, dirigen los pasos a la casa misional donde se llama a misa con voz de campana.

Juan Urriaga, la María y los hijos, inician nueva vida con la asistencia al oficio religioso que ejerce el misionero; desde un rincón de la capillita, observan la blanca hostia y las sienes canas, donde se engarzan rayos de sol como un milagro. Desde el altar, el sacerdote no puede retraerse de contemplar el orgulloso de Juan, su alta figura cenceña, sus cuadrados hombros; es el prototipo y sucesor de los habitantes cordilleranos, que cientos de años atrás no entregaron su independencia a la valentía de Pedro de Añasco, al fogoso capitán Benalcázar, o a Francisco García Tovar; solo el amor de los misioneros españo-

les, permitieron asomar la cultura de España a estas tierras sagradas e inconquistables de los paeces. Una vez más sobre la tierra, se impuso a la fuerza, la caridad; la espada y el arcabuz, el azadón y la pala.

En otro extremo de la capilla, la figura barbada del doctor Pereda, observa con rostro de curiosidad científica. Es el antropólogo y arqueólogo venido de España con misión de estudio, ánimo de aventura, descubridor como sus antecesores de la conquista. El enmaderado que sirve de estructura a la cubierta, los detalles de la construcción, el altar en su limpia pobreza, el rostro amable del sacerdote, le traen nostalgias de la grandeza lejana de su patria... Allí en las alturas andinas, encuentra retazos generosos de su tierra, que supo conquistar con amor lo que no pudo con las armas; siente enaltecida su labor investigadora, no solo por la ciencia sino por orgullo patrio.

Para Juan Urriaga la suerte parece llegarle; la María encuentra trabajo en la casa misional; los pequeños, tendrán allí mismo la escuela; en el pueblo, una casa de tres piezas es ahora su hogar, con puerta a una de las calles empedradas, y ventanas de postigos que miran los cerros; por su parte, él será uno de los peones del doctor Pereda, cuya importancia vislumbra por los comentarios de los otros trabajadores:

—El gobierno lo ha contratado para hacer unos estudios.

—...Es español como el padre misionero...

—Tiene interés de conocer las estatuas de piedra...

—...Y las casas subterráneas pintadas...

—...Y las tumbas...

Luis Urriaga, por primera vez asiste a la escuela; sus ojos y oídos acostumbrados a la primitiva rutina de los escarpes, se sorprenden con las explicaciones del misionero; se le aclara el concepto de Dios... la tierra adquiere nueva dimensión en el pizarrón, su mano dibuja las primeras letras y números... en raciocinio infantil, advierte el mundo maravilloso que puede descubrir. A hurtadillas, admira ahora al barbado extranjero, inclinado largas horas del día en los manuscritos, o esos libros llenos de hermosas estampas, que el científico a veces le deja hojear.

EL MISTERIO DE LA GRUTA

Luis Urriaga se incorpora; ni el doctor Francisco Cañas, ni Miguel, lo han interrumpido en su relato. Mira el sol, calcula la hora, dice como arrepentido por el tiempo:

Vamos Pacho... se hace tarde.

Tiende al campesino la botella de aguardiente que ha conservado en sus manos:

—¿Otro trago Miguel?

El guía no se hace rogar; por escuchar el relato se siente invitado a la confianza; da un gran sorbo que despierta admiración y risa a los viajeros; encabeza la marcha, hace silbar el rejo sobre las orejas de la bestia.

—¡Ja!

Otra hora más de viaje y se detienen en la cima más alta del páramo; el viento ha corrido las nubes; pica el sol con deleite; ante sus ojos, se abre en la tierra una profunda grieta causada por alguna conmoción geológica; cerca de ella se levantan las ruinas de un caidizo, albergue en anteriores ocasiones de aventureros ávidos de oro.

—De esto hace diez años que nadie viene a buscar el tesoro.

Explica Miguel a la vista de la ramada; descarga la burra, acomoda las provisiones bajo la rústica vivienda, prende luego una fogata para calentar el almuerzo, ayuda al doctor Cañas a levantar la carpa que servirá de abrigo. En tanto Luis Urriaga inspecciona la grieta, se inclina temerariamente sobre ella, parece gozoso de respirar el aire mohoso que emerge como un aliento del centro de la tierra; muy profundo, un murmullo de campanillas, indica la existencia de una corriente subterránea.

Media tarde. Los jugosos trozos de carne preparados por Miguel, les han devuelto las energías y se aprestan para los primeros sondeos. Amarrado a una roca, está el cable con argollas que el doctor Cañas deja caer por la grieta, con movimientos sincronizados de los brazos: veinte... treinta... cuarenta... cincuenta... sesenta metros... El plomo asegurado a la punta toca fondo...

—¡Caramba... si es hondo!

Luis Urriaga observa la operación a su lado; prueba la linterna, revisa la provisión de fósforos, guarda en un bolsillo las espermas; con agilidad pasmosa, sin demostrar la menor indecisión, mete los pies en las primeras argollas, desciende con la seguridad de quien ha repetido esta operación muchas veces. La penumbra lo envuelve; las paredes de la grieta brillan de humedad; arriba divisa el cielo, incomparable en su claridad azul, en contraste con las tinieblas que lo rodean; el rostro del doctor Cañas, asomado al borde, semeja una luna roja cuando pregunta con ronca voz:

—¿Todo va bien?

A su lado, están las facciones sorprendidas de Miguel; la expresión aterrada de sus ojos, lo hace reír.

Desciende... El musgo desaparece de los paredones; solo divisa vagamente las rosas peladas, frías al tacto; se balancea como un péndulo, rebota en los muros de la grieta; la claridad de arriba, es una delgada línea de luz que no alcanza a iluminarlo. Prende la linterna con la exaltación que siempre lo invade, cuando acomete estas aventuras bajo la tierra. La menor falla humana, un paso mal calculado en las argollas, el vértigo, representa la muerte violenta en el fondo desconocido de la grieta. Pero el guaquero no teme a la muerte en uno de estos accidentes; por el contrario, lo desea secretamente, sin que ello influya en el cuidado que pone a cada movimiento.

La luz de la linterna es ahora su solitaria compañera; goticas de agua sudan de la roca, se reflejan con apariencia de plata bruñida; cuando toca fondo, sus pies se hunden en la arena fina, gris, cargada de humedad pero firme; le tiemblan los brazos y las piernas por el prolongado esfuerzo en la bajada; pasea la luz por un ámbito estrecho, solo continuado por un túnel en declive, por el que sube cantarino, el murmullo de la fuente subterránea.

Da varios tirones a la manila; como respuesta, inentendible, muy arriba, escucha la voz del doctor Cañas. Con calma y seguridad de quien está familiarizado con estos parajes, prende un cigarrillo, se interna por el laberinto, precedido de las nubes de humo y aliento que le brotan de la boca y narices. Un centenar de metros adelante y abajo, llega a la orilla del arroyo, formado por una gorgoteante cascada, cuyas aguas desembocan luego a un inmenso lago, donde la potente luz de la lin-

terna no alcanza a disipar las sombras. Sobre su cabeza, el techo se extiende a tres metros de altura y deja filtrar en forma intermitente, millares de goticas que campanean en el agua y trazan círculos concéntricos, entrelazados, dibujos de hermosa maravilla cuando en ellos incide el chorro de la lámpara. El guaquero se extasía, con la plena conciencia de ser él, solo, quien admira tan fantásticos y peregrinos mundos... Es en estas oportunidades cuando encuentra justificación plena a sus extrañas aficiones...

Con el incentivo del descubrimiento que puede sorprenderlo, bordea la laguna por una ribera angosta y pedregosa; un interés creciente se refleja en su mirada al observar el bajo fondo de las aguas, la verticalidad de los cantiles pulidos, la obscuridad inexplorada de las oquedades; busca ávido, una señal dejada por algún visitante anterior...

—“¿Nadie habrá llegado hasta aquí?”.

Alcanza a pensar ante la ausencia de rastros.

El recorrido en torno a la laguna le lleva más de dos horas, al cabo de las cuales se interna por una tortuosa gruta cuyo piso parece tallado en escalones. Esta observación, lo hace investigar con mayor detenimiento...

—¡Son tallados... no hay duda!

Se dice en voz alta, al tiempo que se estremece con una emoción incontenible, pero...

—¿Quién puede haberlas labrado a tan gran profundidad?... ¿Y cuál ha sido el motivo?

Sus movimientos son cautelosos al subir los escalones; seis... siete... ocho... luego un amontonamiento de arena. Cuando la luz descubre la marca de un pie descalzo de gran tamaño, se detiene en seco; sorpresa y miedo son sentimientos sobrepuestos; le hormiguea todo el cuerpo; cuando busca otra pisada que indique la ruta de su antecesor en la caverna, y no la encuentra, se le ponen tensas las facciones: en más de tres metros a la redonda, la arena se presenta fina e intocada...

—¿Cómo puede ser esto?... ¡Es inexplicable!

Los pensamientos en voz alta, le deparan alguna compañía; el eco le responde, multiplicada su resonancia en los veri-

cuetos escondidos; con movimientos felinos, de tremenda tensión nerviosa, salta sobre la marca y prosigue por el laberinto; metros adelante vuelve a detenerse sobrecogido: un gran esqueleto ha sido decapitado; otro intento para tomar una muestra, le deshace por completo... de él no queda ya nada.

Luis Urriaga se frota los ojos, se limpia el sudor que empapa la frente; con movimientos vacilantes se recuesta en la pared rocosa; una y otra vez mira el lugar donde antes estuvieron los restos; ¿habrá sido imaginación todo ello?

Continúa. Vuelve a encontrar adelante las gradas talladas en extensión de unos cincuenta metros; al final, advierte en la pared, a un lado, un nicho donde reposan pedazos aguzados de roca y cascarones oxidados que pueden proceder de algún objeto metálico, utilizados para abrir el laberinto; sus marcas se ven a todo lo largo de las paredes, cuando fueron golpeadas.

¿Qué misterio encierra este lugar?... ¿Cuándo y quienes fueron los visitantes laboriosos de aquellas profundidades?... El interrogante apasiona al guaquero, lo posee de febril curiosidad investigadora... Por horas, como un loco o un condenado, recorre los tortuosos pasajes de la gruta...

* * *

Dos días han pasado desde el descenso de Luis Urriaga y sus compañeros nada saben de su suerte; Miguel se muestra impaciente, desconcertado, temeroso por el destino del hombre a quien ha ayudado a descolgar a las profundidades ignotas bajo el páramo no así el doctor Cañas acostumbrado a las andanzas de su amigo; tranquilo, se dedica a recorrer los fríos alrededores, busca otras posibles rutas al centro de la tierra; cuando el tiempo no es propicio, se echa a dormir bajo la carpa.

Las provisiones escasean; Miguel se ofrece a bajar al pueblo para renovarlas.

—Esperemos a mañana, Luis debe estar por regresar.

Responde el rechoncho hombrecito, cuyo único tema de conversación se reduce a narrar al campesino los viajes increíbles del guaquero. En la mente ingenua de Miguel, tales historias adquieren poder sobrenatural; siente ahora un profundo temor y respeto para tan legendario personaje.

Esa noche hay lluvia y ululante ventisca; el poco sueño que asiste a Miguel, está plagado de pesadillas; se le presenta el guaquero, unas veces con cuernos en la cabeza y ojos ígneos, o engalanado con arreos de antiguo jefe indio. Siente un gran consuelo cuando apunta el nuevo día, acompañado de arreboles en el oriente; la sabana se divisa cubierta de un velo tenue de niebla; las montañas todas, tienen un homogéneo tono azulado.

El doctor Cañas se acerca a la grieta que expelle ese aliento húmedo y penetrante; la voz del hombrecito, se oye bajar ahuecada por las manos; guardan silencio: solo responde el eco.

Sentados en el borde, las piernas colgadas sobre el abismo, fuman un cigarrillo tras otro; escucha el campesino más relatos sobre el guaquero; con las pesadillas de la noche anterior, se le eriza el cabello.

Ya los calienta el sol, cuando a sus espaldas escuchan unos pasos lentos, cansados; luego la voz fatigada de Luis Urriaga:

—Pacho... recoge el cable.

—¿Por donde ha salido?... ¡Dios santo!

Pregunta aterrado Miguel; mira despavorido la alta figura, cubierto ahora en el rostro de barba, más profundas las arrugas, los ojos hundidos en las cuencas y enrojecidos, los pómulos casi rompiendo la piel sudada; de pies a cabeza, ropa, manos y rostro, es un montón de mugre.

Con respiración entrecortada, vacilante y torpe en los pasos, el guaquero va a la hoguera donde se calienta el tinto; toma la olla a dos manos, sin percibir al parecer la temperatura, se bebe de un jalón el contenido. Luego se tira bajo la carpa, largo, huesudo, impresionante; los ronquidos anuncian un sueño profundo que lo aletarga.

El doctor Cañas toma el saco de lona traído por Luis Urriaga de su viaje bajo la tierra, vuelca el contenido a la vista de Miguel; solo raras muestras de piedras y fósiles se esparcen por el suelo... del oro ¡nada! Pese a ello, el campesino no duda:

—“Ha convertido el oro en piedras sin valor”.

Y se retira entre temeroso y desilusionado; según el convenio, si había oro él recibiría una parte... ¿Pero acaso no puede haberlo transmutado?... O pudo esconderlo al salir de

nuevo a la superficie: de una cosa está seguro... no lo hizo por la grieta... Pero el temor que le inspira el guaquero allí tendido como un cadáver, le sella los labios. Ya no quiere pensar en riqueza; solo desea volver a su vida normal en el rancho y la labranza... ¡Este hombre debe ser el Diablo!

* * *

Por los ranchos dispersos en la región, en las esquinas y tiendas del pueblo, se comentan e hilvanan fantásticos relatos: Miguel ha sido compañero del Diablo o del Zipa... Uno de ellos vino por los tesoros escondidos del páramo.

* * *

A kilómetros de allí, Luis Urriaga y el doctor Cañas, contemplan reverentes el imponente paisaje de las Pilastras, con sus monumentales farallones, consecuencia de una gran falla geológica; impresos sobre las rocas, ocultos por la maleza a las miradas curiosas, resaltan los signos rojos de los petroglifos, indescifrables y misteriosos mensajes de los chibchas.

10

REGRESO DEL HIJO PRODIGO

Los pasos recios resuenan en el quicio de piedra de la vieja casa del pueblo. En el rectángulo de la puerta se recorta una silueta alta:

—¡Madre!

Empequeñecida con la edad y la penumbra del cuarto, una figura se rebulle en uno de los rincones; se aparta del rostro mechones blancos y ralos; al gran silencio inicial por este inesperado llamado, se sucede la transformación de las facciones en la viejecita; en sus labios hay un acento incrédulo cuando pronuncia:

—¡Hijo!... Por fin has vuelto.

La María se incorpora con el rostro sonriente; son los mismos ojos dulces pero más cansados, los mismos pómulos, ahora viejos, con transparencia de cera; sus mismo labios ya secos y desteñidos. Los años han dejado en la mujer, una huella dura de trabajos y abnegaciones; levanta las manos temblorosas, gruesas de reuma en las coyunturas, en ademán significativo, acogedor, solo posible de expresarse en las manos de una madre.

—¡Luis!... ¡Luis!

Solloza. Con estrecho abrazo al hijo pródigo, le perdona la ausencia de tanto tiempo. Siente gusto al palpar la fuerte espalda, los brazos nervudos de su vástago. El tiene anudada la garganta; a cuánta fragilidad ha llegado el ser que le dio la vida. Era un niño cuando la despidió; no puede olvidar los brazos redondos, los senos abultados, blandos, en que derramó unas lágrimas, la voz dulce que musitó consejos a sus oídos. Ahora, no es más que un pequeño esqueleto cubierto de piel.

—Madre... perdona mi olvido.

La María está dichosa; no hay reproches en sus ademanes o en el tono de la voz. El alto corpachón de su hijo le trae recuerdos olvidados de su esposo: tiene el mismo rostro, igual color... hasta el mismo olor.

Luis Urriaga recorre los ojos por la estancia y las alcobas a través de las puertas abiertas: allí está el telar en un rincón; en otro el trapiche casero; en la pared... no hay duda... el viejo calabazo. Visita como fantasma de su niñez los rincones de la sala, la alcoba, la cocina; a la media luz del dormitorio, surge el camastro: unos polluelos pían bajo él. Una sonrisa cargada de nostalgias se vislumbra en las facciones del guaquerro. Cuántos años han pasado... por cuántos caminos ha arrasado los pies empolvados. Sobre sus espaldas se han abatido las tormentas del diario ocurrir... el sí ha cambiado... pero allí, en su hogar de Inzá, todo parece conservarse inmutable. Ya no ve vieja a su madre, quien ahora traquetea las ollas para darle una buena comida.

A la noche, la luz vacilante del hogar llena todos los rincones con resplandores rojizos. Reúne a la María y su hijo; sentados frente a frente, juntas las rodillas, asidas las manos, en uno los ojos del otro, se hablan bajo, sonríen, se cuentan sus vidas...

—¿Tienes mujer?

—No madre. Soy incansable y andariego... no podría.

—¡Malo!... Malo es eso, hijo. Debes buscarla. La compañía de una mujer humaniza.

—Pero vivo con María, mi hermana...

La anciana recuerda a su hija, quien llegada a mayor edad, se alejó de la casa en busca de mejor suerte.

—Nunca tuve noticias desde su partida; ¿donde la hallaste? Y menea la cabeza. La muy ingrata.

—En Neiva. Le pedí fuera a vivir en mi casa cerca a Ibagué. Ella la atiende desde hace años.

—Me alegra hijo... algo me conforma. Pero no es lo mandado. Necesitas mujer e hijos.

Ríe Luis Urriaga; le divierte esta idea de su madre imposible para él; para hacerla comprender, le relata algo de sus experiencias como gUAQUERO; en la mente de la viejecita, toman forma recuerdos lejanos.

—¿Sabes Luis?... Creo escuchar a tu padre... y a ese extranjero que encontramos en el páramo. ¿Recuerdas cómo se llamaba?

—El doctor Pereda.

—¡Ah!... Sí. El contrató a tu padre para excavar tumbas y levantar figuras de piedra... ¿Y a tí, cómo te ha ido?

—He tenido fortuna. Poseo muchos tesoros. No soy un científico como el doctor Pereda, apenas soy un gUAQUERO; pero diferente a todos. No vendo lo que hallo...

—No comprendo bien, hijo... ¿qué haces con las riquezas si no las compartes?... Si tuvieras hijos... ellos se beneficiarían.

—He vivido mucho, madre; he visto tantas cosas que nunca acabaría de contarte. Ya no puedo cambiar mi destino. Tengo sobre mí, algo como la maldición de Caín... no dejo de vagar.

—¡Basta Luis!... Estás blasfemando.

Caricias, palabras tiernas que nunca ha tenido oportunidad de prodigar o pronunciar, las ensaya para contentar a su

madre indignada; ella en su ingenua ignorancia, nunca podrá entender qué pasa en la mente de su hijo, ni qué lo impulsa a obrar de aquel modo... ¿Pero acaso él, lo comprende con certeza?

Se pone en pie, con el recuerdo de su padre:

—¿Cómo va el calabazo?

La María retrocede sorprendida. Obedece luego a una orden olvidada hace muchos años; se dirige a la pared donde cuelga, lo toma a dos manos:

—Lleva mucho tiempo vacío.

Y para confirmar sus palabras lo voltea; solo una nube de polvo e insectos muertos caen al piso.

—Vivo de la caridad de los vecinos.

Balbucea como explicativa y avergonzada. Luis Urriaga se enternece, la abraza de nuevo; ante la expectativa de la anciana, le llena el calabazo de billetes.

—Así son las pepitas de ahora... ¿verdad madre?

La mujer asiente con la cabeza; sin poder dominarse, cuenta el dinero con sorpresa cada vez más creciente:

—Hijo... con esto puedo vivir hasta que muera.

—Desde hoy te mantendré el calabazo lleno. He sido un hijo ingrato y debo reparar el daño.

—Nunca pensé que lo fueras... y siempre he rezado por tí.

Se apagan las luces de Inzá; el pueblo desaparece entre noche de montañas y bosques. Luis Urriaga vuelve a dormir en el camastro, sobre la piel de oso, con el roce y el calor de su madre como antaño. Permanece de espaldas, los ojos abiertos, la mente clara, como si el caos de su vida se haya ordenado; una felicidad inexplicable alegra su espíritu, le corre por las venas, imparte lasitud a sus miembros... se siente como en los días de niño. Fuera de la casa todo es silencio. Bajo el camastro se rebullen la clueca y los polluelos. A su lado percibe la respiración acompasada de la anciana...

En esos momentos, todo cuanto ha hecho en la vida no importa; nada le representa; ve absurdas sus andanzas y aventuras; solo tiene cabida en sus pensamientos, para la vieja crea-

dora dormida a su lado, a la cual había olvidado; al tenerla bajo su protección, descubre una meta en su destino. Como en sus días de infancia, ensaya una oración aprendida en la choza de los escarpes.

11

LOS HIPOGEOS DE TIERRADENTRO

El nuevo día sorprende a Luis Urriaga, cuando redescubre con desusada alegría los senderos que se alejan del pueblo. En la diáfana mañana, tañen las campanas de la iglesia que ahora reemplaza la rústica capilla de la casa misional. Hay actividad en el interior de las viviendas, se desborda a las calles con los madrugadores; en la plaza se escuchan voces campesinas; el ronroneo del motor de la primera flota presta para el viaje, delata los incipientes intereses comerciales del poblado.

En los bosques aledaños aletean los pájaros, susurran los follajes de los árboles que bordean los caminos tantas veces transitados. Arriba, detrás de las cordilleras, impera el páramo cuyo aliento frío baja hasta Inzá.

Avanza entusiasta el guaquero, en pos de lugares que despertaron su primera afición y luego lo moldearon en la profesión. El noble recuerdo del doctor Pereda es su ángel guardián. Pronto está perdido entre las breñas, los profundos cauces de las quebradas, los bosques seculares. Comienza a hollar sus pies la tierra sagrada de los antepasados. Una estatua, alta como él, negra, carcomida por años de viento y de lluvia, le muestra sus ojos de siglos bajo un tocado piramidal, talladas las facciones con tosquedad, rígidas y desproporcionadas las formas.

Como ante un dios, se detiene reverente...

* * *

Aquel domingo, después de la misa, Juan su padre le dijo:
—Venga conmigo; es bueno que vea.

El se sintió contento, importante. Sería compañero de su progenitor y sobre todo, tendría la oportunidad de estar al lado del extranjero que tan amable era con él, cuando le permitía hojear los libros con láminas.

Llevando en un saco las provisiones del día, echó a trotar en pos del grupo de trabajadores que seguían al antropólogo, caballero en una mula de corvejones listados. Todos parecían contentos al trepar los tortuosos senderos abiertos en la selva.

El revoloteo de las perdices sorprendidas, el grito estridente de las guacharacas, los saltos presurosos de las lagartijas, el deslizarse de una culebra, la hojarasca que crujía con las pisadas, eran acompañamiento a las voces de los hombres. Adelante, tras de un incansable baquiano, el doctor Pereda se erguía en su silla de montar, observaba todo el paisaje poseído de notoria curiosidad; con frecuencia detenía la cabalgadura y sobre un cuaderno trazaba líneas y apuntes de los recorridos.

Horas de marcha sostenida, los llevaron muy lejos del pueblo, unas veces sobre las crestas rocosas de los montes, otras debatiéndose entre las malezas y chusques de los cañones. Cuando al fin hicieron alto, fatigados de sol, mortificados por las alimañas y zancudos, el baquiano señaló una intrincada espesura. Las órdenes del extranjero no dieron oportunidad al descanso; los trabajadores arremetieron contra la vegetación, a golpes de hacha y machete; una manada de pavas grises y blancas, saraviadas, irrumpieron con cacareos de alarma entre las piernas de los hombres, quienes no pudieron evitar reír sorprendidos; pequeños y hermosos pájaros rojo-azules, abandonaron sus nidos al cimbrarse los ramajes con los golpes certeros que abrieron la trocha con estrépito de ramas descuajadas; el sudor corrió por las frentes, los brazos, empapó las espaldas; para entonces, ya los dedos buscaban dentro de los calabazos, las bolas de coca que les volvían el aliento y las fuerzas.

Se abrió la cicatriz en la selva. En la verde espesura, sombreada por ramas altas, entre la filigrana colorida de lianas y parásitas, custodiada por gruesos troncos cubiertos de liquen plateado, emergió el gigante de piedra, negro, carcomido, que parecía mirarlos iracundo con las grandes y redondas pupilas, al ver perturbado su reposo.

—¡Pijao!... ¡Pijao!

Murmuraron bajo los trabajadores, quienes no podían ocultar el temor y el respeto, cuando descubrían uno de estos colosos megalíticos, tallados en un ignoto pasado. El pequeño Luis quedó como hipnotizado ante la imponente figura, con bonete

alto y escalonado, las pupilas excavadas en grandes cuencas, la feroz boca con largos colmillos cruzados, brazos y piernas deformes y cortos, los adornos del cuello, muñecas y tobillos, a manera de vueltas de collar, brazaletes y anillos.

—¿Quién es... padre?

Balbuceó contagiado del temor circundante. Juan Urriaga con el rostro muy serio, soltó un tajante ¡calla!

Y se acercó indeciso a la estatua para apartar unas ramas caídas sobre ella. Luego se retiró, con expresión de haber cometido un sacrilegio, y dio oportunidad al extranjero para disparar repetidamente la cámara fotográfica. No contento con ello, en el cuaderno reprodujo al dios de piedra con trazos hábiles, tomó medidas, escribió anotaciones. Luis no perdía movimiento del científico, cuyo rostro aguileño, la barba roja, los ojos ávidos, las manos ligeras, formaban un conjunto que denotaba el apasionante interés.

Transcurría el tiempo para los paeces... Para el arqueólogo se había detenido.

* * *

Con incansable constancia, Luis Urriaga recorre palmo a palmo la región de Tierradentro, con sus pequeñas poblaciones al borde de la selva, los fragosos torrentes, los abismos encajonados y profundos. El deseo de recorrer los sitios de su niñez, lo impulsan por todos los caminos, algunos ya perdidos por el incontenible avance de la vegetación. La presencia de la antigua estatuaria indígena es para él como un encuentro con viejos amigos, que silenciosos, quietos e inmutables, han esperado su regreso. Ante cada uno de ellos se detiene extasiado, reconoce sus pétreas facciones de mirada perdida en horizontes inalcanzables. Para ellos el tiempo es eterno, un incomprendible presente; retan a la ciencia, desde la lejana obscuridad de una historia jamás desentrañada; proseguirán allí, cual desafío al futuro de las manos escultóricas. Noche o día del pasado, el presente y el porvenir, solo medidos por la fragilidad perecedera del hombre, en un intento por registrar la inmensidad de las épocas.

* * *

El descenso a las entradas de los hipogeos, es para Luis Urriaga la más interesante experiencia. Provisto de la linterna veterana en tantos viajes espeleológicos, ilumina las altas gradas, talladas en forzado caracol. Olor de aire guardado, quietud de templo o de tumba, silencio que se rompe por los pasos claveteados del guaquero, sobre los diez angostos escalones que conducen al recinto abovedado, sostenido en su nave central por una docena de vigorosas columnas de fuste cuadrado, recubiertas de blanca pasta sobre la que se dibujan líneas rojas, diagonales y cruzadas, para formar rombos adornados en su centro con estrellas negras.

Con sentimientos de respeto, contenido el aliento, recorro solitario el templo labrado en la roca, bajo la superficie terrestre. La combinación roja, negra y blanca, de líneas y figuras geométricas, hacen gala de un arte y estudio equilibrado y sorprendente, que sube desde las paredes laterales y las columnas, para rematar en el centro de la cúpula, solo se rompe esta armonía en los capiteles de las columnas, donde resaltan unos ojos desorbitados, de fantasmagóricos rostros de líneas verticales, que les imprimen una expresión de tormento o de absorta contemplación.

Al girar la luz de la linterna, se produce una curiosa sensación de movimiento en los pilares; parece que dentro del templo, todo comienza a desplazarse con lentitud sigilosa, en un juego de luz y sombra que pasma y desconcierta. Las siluetas redondeadas de los vasos de cerámica con figuras zoomorfas o antropomorfas, aparecen y desaparecen como si una mano invisible las cambiara de sitio para confundir al guaquero.

El sudor corre por su frente, le escoce en los ojos; un ligero temblor se percibe bajo la ropa, en la mano que sostiene la luz; la sensación de falta de aire lo sobrecoge. Nunca ha temido profanar las tumbas indígenas, pero ahora se halla en el recinto donde oficiaban los ritos sus verdaderos antecesores, y esto lo anonada e impresiona; despierta dentro de sí una conciencia que no puede explicar: admiración... respeto... terror... tristeza. Sus pies, tal vez pisan polvo de huesos de quienes lo precedieron y ahora reposan en una paz que él todavía no puede alcanzar; envidia enloquecido, a quienes gastaron toda una vida en el trabajo de estos templos mortuorios, a la luz humeante de las teas; envidia a los desconocidos pro-

genitores de su pueblo, arraigados a creencias ultratumbas que los impulsaron a construir tan maravillosas muestras del arte lírico. Vivieron ellos en el trabajo de obras perennes... ¡Ellos!... Hoy polvo bajo sus pies y con todo, grandes, laboriosos, eternos... En cambio él... solo ha llegado a profanador.

El guaquero se encoge sobre sí mismo; se cubre el rostro con las manos, cierra los ojos; en la obscuridad reinante, cree escuchar con los oídos de la mente, el duro golpear de piedras contra piedras, oradando las rocas, para abrir en la entraña de la cordillera, los vastos salones propicios a las celebraciones litúrgicas o al descanso de los muertos. Oye voces... parecen filtrarse a través de las paredes abovedadas o brotar de los capiteles antropomorfos de las columnas, en el lenguaje de las generaciones anteriores, ya olvidado, que él no puede entender. Murmullos a veces guturales, otros melodiosos, suaves, cargados con la dulzura de los acentos femeninos; o duros, ásperos, cual gritos de guerra que traen ecos fragorosos de batallas, o la voz de los caudales de espuma en las vertientes de la tierra paez. Pasos silenciosos recorren las naves, descalzos, ágiles, felinos, fantasmales. El ámbito obscuro se llena con la presencia de seres inmateriales, cuyo invisible volumen siente el guaquero en torno. Se lleva las manos a la garganta, se retuerce por el suelo presa de convulsiones, quiere gritar... pedir la muerte para desintegrarse y poblar como ellos el hipogeo. Pero su corazón no suspende los latidos; el aliento de los pulmones lucha con el aire enrarecido; sobre sus labios y las mejillas, resbalan cargadas de sal, lágrimas que no habían vuelto a sus ojos desde que era niño...

—¡Profanador!

Le grita la mente.

Y clama por la muerte en estertores de llanto y espasmos. Luego queda rígido... en la impenetrable noche del templo. Solo su pecho se levanta y extrae del ambiente los pocos vestigios de aire respirable...

En el exterior la noche se cierne sobre Tierradentro, la tierra sagrada. El viento baja por las laderas, azota los árboles, salta las crestas, brama encajonado en los cantiles. En la boca del hipogeo, sopla, lo convierte en lúgubre ocarina que silba el presente su historia.

EL PASO DEL "PERICONGO"

El sendero es angosto, pendiente, de precario tallado en los cantiles; se elevan los paredones de la misma orilla del río Magdalena, rugientes sus aguas al sortear los cantos, verdes y transparentes en el cauce estrecho, que no tiene aún la majestuosidad del gran río colombiano. Paso del Pericongo, que comprime en montañas de roca la pujanza naciente del río.

La caravana desciende lenta, cuidadosa al borde de los despeñaderos, confiados los humanos en la seguridad de las cabalgaduras; se las oye resoplar nerviosas, vacilar, cuando en alguno de los recodos quedan con la cabeza asomada como una gárgola sobre la profundidad de los abismos. Pese al ánimo temeroso, los viajeros no se pueden retraer a la contemplación admirable del paisaje, donde el sol enrojece las desgastadas moles de piedra, diluídas en sus crestas más altas en un juego de luces.

Cuando el sendero los deja a orillas del río, el fragor se acrecenta con el eco retumbador en los verticales farallones; detienen la marcha para dar un reposo a las bestias y permitirles refresquen los belfos en la claridad del agua; los viajeros contemplan desde su base el Pericongo, admiran una vez más la obra escultórica del Magdalena a través de millares de años, el empeño del hombre al tallar en las moles, tan increíble y peligrosa ruta.

El doctor Pereda, incansable admirador de la naturaleza, siente en lugares como éste, justificación a su aventurera vida consagrada a la ciencia; su rostro aguileño, rojo de barba, tostado por los rigores del trópico, luce bajo una corroscas de manufactura típica, adquirido en algún pueblecito que lo ha visto pasar. Busca la presencia de su esposa y la hijita, quienes estoicamente lo siguen para llevar ternura hogareña a sus correrías; se sonríen con los ojos; agradecen las atenciones francas y rústicas de los dos peones, Juan y Luis Urriaga, ahora compañeros en la expedición que habrá de llevarlos a investigar la perdida y milenaria cultura de San Agustín.

Cuando las bestias han tenido el merecido descanso, se internan por el valle del alto Magdalena, convertido allí en angosta y fértil faja, poblada de exuberante vegetación, entre las

que descuellan en competencia con los densos abanicos de guadua, las altas y corpulentas ceibas de grises troncos y ramajes poblados de aves; adelante, el camino se aparta del río, serpentea en un terreno ondulado, los aproxima a la vieja población de Timaná.

Al atardecer, cubiertos de polvo y cansancio hacen su entrada en la plaza, sombreada de inclinadas ceibas, con caminitos de piedra que de las cuatro esquinas convergen a una fuente española de piedra; la nostalgia de la tierra lejana conmueve al antropólogo y su familia; se acentúa, al ver las blancas casas de teja de barro, los aleros, los balcones coloniales, la torre de la iglesia separada del cuerpo principal de la construcción, donde se combinan en curiosa armonía al estilo de su patria, las reminiscencias dórico-romanas de las columnas y arcos. Detrás, hay un fondo natural de palmeras reales, y más atrás, azulosas, distantes, recogen los últimos resplandores del día, las estribaciones de la cordillera oriental, donde en tiempos prehispánicos dominaron los valientes y aguerridos andaquíes, hoy perdidos y diezmados en la selva caquetana.

Nuevo día. La caravana se adentra en el valle de Pitalito, fértil en sus campos de cultivo, las casitas floridas de pesebre, admirable en la concentración de los guaduales, llenos de viento sus plumosas copas. El aire es claro, azul y límpido el cielo, el sol tonificante; una visión acogedora la vista lejana de las casas del poblado, concentradas como un inmenso rebaño en la verdura circundante.

El mercado con sus numerosas toldas alineadas; los campesinos en bullicioso remolino de comercio; morenos bajo los blancos sombreros de paja ornados con cintas negras; las mujeres airoas, acaneladas, de amplias sonrisas en los rostros y contoneos en las enaguas; el olor pegajoso, dulzón, de sudor y estiércol combinado, en las cabalgaduras amarradas a la sombra florida de las acacias rojas, o agrupadas en improvisados corrales; el marco de la plaza construido en altas casas abalconadas de dos pisos; la elevada torre de la iglesia donde se conjugan artesanías moras, españolas y bizantinas, sorprenden y admiran a Luis Urriaga quien nunca ha imaginado un pueblo tan grande y concurrido; cuán pequeño le parece el lejano Inzá, donde ha quedado su madre y sus hermanos; y cuánto más insignificante aquella chocita de los escarpes, en las faldas con-

vulsas del Huila. El muchacho siente agradable la picazón del viajero... descubre horizontes llenos de gratas sorpresas. Entusiasta, se acerca a su padre, serio y no menos sorprendido:

—¿Padre, podremos siempre acompañar al doctor Pereda?

13

UN DIOS MILENARIO COBRA TRIBUTO

Sentado a la puerta de su hogar de Inzá, Luis Urriaga retorna del pasado. Es su vida un péndulo entre la actividad presente y los recuerdos que siempre lo acompañan y gusta de evocar. Mira la ancianidad de su madre al tejer con dedos sarmentosos un sombrero de paja. Ella tal vez no conoce la historia de Juan Urriaga, desde el día que abandonó el poblado por seguir al científico.

—¿Madre... quisiera saber?

—¿Qué hijo?

—¿Qué fue de mi padre?

—Me gustaría... nunca lo supe con certeza.

El guaquero le detiene las manos, toma el sombrero que ahora semeja un sol, con las pajas sueltas a manera de rayos cruzados, con voz baja inicia el relato:

—Fue un viaje muy largo...

—Seguiré tejiendo. —Lo interrumpe la María. —Así oigo mejor y no me duermo; además, quiero terminarlo para que lo uses el día de tu partida.

Luis Urriaga se enternece, como siempre le sucede al verse objeto de las atenciones de su madre. Al lado de ella, siente perder las fuerzas con las cuales domina sus sentimientos y endurece el exterior, para enfrentarlo como una coraza inmovible a quienes se cruzan en su vida. La acaricia, plena la conciencia de tener en el cariño de la viejecita su única luz; luego, con tono susurrante, extrae del pasado, pasajes de la vida de su padre...

* * *

—Era nuestra meta la región de San Agustín. Llegamos a la meseta por un angosto sendero, zigzagueante al trepar los cerros; de bordes de la planicie se precipitaban a los ríos Magdalena y Sombrerillos, hermosas cascadas cuya altura de un centenar de metros, las hacían delgadas, como hilillos de plata al incidir en ellos las últimas luces del día.

A la noche entramos al poblado de San Agustín, por sus empedradas calles bordeadas de aleronas casas; la luna parecía correr y asomarse entre densas nubes, detrás de los tejados de barro. En la plaza, el doctor Pereda se extasió con su familia en la contemplación de las estatuas indígenas que la adornaban, al par que mi padre y yo, admirábamos la figura de Simón Bolívar, cuya espada y uniforme militar, bañados de claridad, le inferían el poder de vigilar las ocho estatuas milenarias, desde su alto pedestal.

Los meses siguientes fueron de incansable actividad, en regiones cuyos nombres sonoros adquirirían importancia al hacer en ellos sorprendentes descubrimientos: Uyumbe, El Guineo, Matanzas, Las Moyas, El Batán, El Alto del Tablón, y muchos otros, fueron todos lugares que dieron al doctor Pereda los más increíbles temas de estudio; las estatuas a veces le salían al paso, en medio del campo o los bosques, como curiosos seres petrificados que esperaban su venida; o las desenterraba de templos subterráneos o de tumbas donde habían sido depositadas para guardar a los muertos. Toda suerte de dioses representativos de una misteriosa y perdida religión, se congregaban en las veredas de contorno, muestras de un santuario religioso inmenso y sorprendente. Al lado del arqueólogo, mi padre y yo recibimos la más grande lección: estábamos presentes para recibir el mensaje de una antigua raza, cuyo hondo significado sobre la muerte y la otra vida, se manifestaba en su grandiosa y rara cultura lírica; cabía al doctor Pereda con su labor científica descorrer el velo de esa civilización desaparecida, y nosotros, pese a nuestra ignorancia, pudimos compartir tan trascendentales momentos. La curiosidad de mi padre en las exploraciones de Tierradentro, se convertía ahora en misticismo; su falta de instrucción ya no le impedía captar la verdadera dimensión de los hallazgos arqueológicos; se sentía predestinado, convencido de su misión, tal vez por el espíritu incansable y la actividad prodigiosa del español, quien sabía transmitir su entusiasmo a los colaboradores y peones. Por mi parte, yo asistía

en la mañana a la escuela, y en las tardes era uno más en las excavaciones.

En montes, valles, a orillas de ríos y quebradas, en lo profundo de los bosques, quedaron las señales laboriosas del grupo dirigido por el doctor Pereda. Estaciones arqueológicas, con sus monolitos tallados, sus templos, sus tumbas dolménicas, se incorporaron a la historia resucitadas de un lejano pasado. Los pobladores captaron la importancia de la misión científica; no protestaron por los trabajos que revolvieron sus predios, dejaron vacíos en sus cercas, o los obligó a sustentar las columnas de madera de los corredores de sus viviendas, con pilares distintos a las valiosas reliquias indígenas.

El buho, el águila, el mono, el lagarto, la serpiente, la rana, representaciones de divinidades o animales totémicos, surgieron a la luz, tallados en forma magna e impresionante. Representaciones de guerreros, sacerdotes, mujeres, hombres, dioses, u hombres-dioses, dieron una idea vaga del significado de los antiguos ritos, de la religión, de las costumbres. La variedad de los tocados, las joyas que adornaron cabezas, cuellos, brazos y pantorrillas; los instrumentos de que se valieron, armas, herramientas, trajes, parecían dar apariencia humana a las estatuas de piedra; pero se sentía un desconcierto grande al mirar los rostros enormes, anchos, desproporcionados, algunas veces esquemáticos, otras cubiertos de máscara, la mayoría de ellos feroces, atormentados, con ojos que abarcaban todas las expresiones, bocas abiertas erizadas de agudos y cruzados colmillos; y era una pesadilla, ver algunos de estos dioses, con horrible mueca, en actitud de devorar cuerpos de indefensos niños. ¿Qué era aquello?... Un símbolo o una representación real de sus costumbres?... Al interrogante respondían las caras de piedra con inmovible gesto.

El sol, la luna, el día, la noche, el agua, la lluvia, el viento, se representaban en extraordinarias concepciones. La guerra, la paz, las cosechas, la pesca, el trabajo de los escultores, asimismo estaban grabados. Había dolor y tormento en la figura de los Naranjos; tranquilidad, facciones apacibles y dormidas en incontables y pequeñas estatuas; defensa, en la actitud prevenida, seria, vigilante de las cariatidas con su doble Yo; éxtasis musical en la flautista; actitud sonriente y orgullosa en la mujer de El Cabuyal; poder y autoridad de gran dios, en el Va-

rón de la Mesita B; figuras yacentes en las tapas de los sarcófagos: risa enigmática en la gran cara triangular: fiereza en el Trofeo o Dios de la Guerra; doble personalidad en la monumental talla del Obispo, con sus ojos extasiados que sin ver miran la distancia; máscaras geométricas en las esculturas de Quebradillas y Uyumba; majestuosidad y poder en el buho o águila, al devorar la serpiente.

Eran todas estas figuras piezas de un gigantesco rompecabezas, que en tiempos inmemoriales tuvieron su sitio definido; ahora el doctor Pereda buscaba y encontraba las partes, las clasificaba, les asignaba un lugar, ligaba su posible relación a tumbas, templos, fuentes, cerámicas, instrumentos de trabajo, sin poder una vez reunido y ordenado el conjunto, aclarar cómo se había originado todo aquello, cuál su verdadera antigüedad y desarrollo en el tiempo, y como último interrogante, qué había hecho desaparecer a tan laborioso pueblo de escultores, con sus tradiciones, su religión y sus ritos. Solo una cosa era indudable: la presencia en esa región circundada de volcanes y nevados, de una cultura superior, enigmática, que como en Tierradentro desafiaba a la posteridad. Reto inconmensurable que solo el científico español podía comprender en su verdadera dimensión histórica. Apasionante mundo de fantasía, tomando forma en el ánimo de los rudos e ignorantes trabajadores, quienes sabían que pisaban los terrenos sagrados de sus antepasados.

Una tarde salimos de la casa que servía de campamento a pocos kilómetros del pueblo, rumbo al sitio llamado Alto del Lavapatas. En la mañana, ya habían excavado allí y los comentarios durante el almuerzo se concretaron a este trabajo. El doctor Pereda dirigía exploraciones en otra parte, pero lo remplazaba su ayudante, un señor Hernández.

—Vamos Luis, carga las herramientas.

Ordenó mi padre, como siempre era su costumbre después de medio día.

Una hora de marcha nos llevó por la ondulada meseta poblada de arbustos; los rastros de las excavaciones con su tierra movida y húmeda, los cortes convergentes en profundas zanjaz, nos obligaban a hacer desvíos, pasar frente a las grandes estatuas levantadas ahora en los sitios que según el doctor Pereda

originalmente ocuparon. Sus raras y vigorosas formas ya nos eran familiares; las reconocíamos por los nombres asignados por los pobladores de San Agustín o el arqueólogo.

Una ladera boscosa nos llevó a la Quebrada del Lavapatas, centro litúrgico con canales artificiales tallados en la roca, fuentes, pocetas para abluciones, donde lucían toda clase de lagartos, serpientes, sapos, monos, caras humanas con hermosas coronas; algunos trabajadores quedaron allí para continuar la limpieza del importante santuario; el resto proseguimos para trepar la enmalezada loma que nos llevaría a la tumba en excavación. A la sombra de unos robles, vi la tierra removida en torno a un montículo funerario; una zanja lo partía hasta su centro, descubría un angosto callejón con grandes piedras pulidas a manera de paredes; sobre ellas, se apoyaban otras angostas y alargadas, para constituir el techo; todo el conjunto era un túnel de cuatro metros de profundidad sumido en la penumbra.

Unos minutos de reposo sirvieron para dar tiempo a los trabajadores para masticar la coca, y al señor Hernández de investigar y programar las tareas; destinó unos peones en la continuación de la zanja sobre el montículo y a otros a cavar el túnel, entre ellos mi padre, quien se internó a la cabeza, pala en mano, detrás de él hacíamos una hilera, provistos de cestos de sacar la tierra, la cual el señor Hernández revisaba y seleccionaba con cuidado. Por horas se extendió la operación, al cabo de las cuales escuché la voz de mi padre que llamaba desde la profundidad de la tumba:

—Venga señor Hernández. He encontrado una cámara lateral.

A un lado del túnel se abría un recinto abovedado al parecer rico en hallazgos, por las muestras de cerámica con decoración incisa, vasos, trípodes, ollas, cazuelas con cuello vuelto hacia afuera, alcarrazas cuyas formas asomaban entre la tierra. Con delicadeza y nerviosismo, comunicado por el señor Hernández, mi padre extrajo las piezas cual si se tratase de valiosos tesoros; unos restos humanos extendidos, con el cráneo recostado sobre almohada de piedra, llevaron la tensión al grupo explorador; entre los peones, se despertó el temor espirituoso, y llegó al climax al desprenderse una capa de tierra adherida a las paredes, para dejar al descubierto la presencia de un dios,

erguido en dos pequeñas y gruesas piernas, los brazos doblados al pecho, las toscas manos ligeramente delineadas, en poder de una cinta rayada uno de cuyos extremos mordía con feroces dientes de jaguar, y el otro caía sobre el abultado estómago para rematar en una bola con incisiones; la nariz chata ocupaba gran parte del rostro; los ojos con pupila saliente, reflejaban una expresión airada.

Apretujados dentro de la cámara, el aire escaso, sudábamos copiosamente; nos hipnotizaba la grotesca figura de piedra; se diría que nos observaba con odio concentrado en las facciones, llenas de aparentes rictus por las vacilantes luces de las espermas; sobre nuestras cabezas resonaban sordos y rítmicos, los golpes de las herramientas de los peones, semejantes a un tambor batido con pregones de muerte.

El señor Hernández, cuaderno en mano, tomaba nota de la distribución de la tumba, el lugar ocupado por el dios, el sitio de los restos humanos, la posición de los vasos funerarios. Acurrucado, entregado por entero a su labor, no percibió cuando al acentuarse los golpes sobre la bóveda, se desprendió de ella una lluvia de tierra y pedruscos.

—¡Esto se cae!...

Alcanzó a gritar uno de los peones; el dios de piedra se tambaleó en sus cortos pies. Yo me hallaba cerca de la salida y fui arrollado por la escapada aterrada de los trabajadores; un sordo rumor de derrumbe selló la puerta de la cámara, apagó las velas, invadió de polvo asfixiante el túnel. Cuando el aire se aclaró, volvimos a penetrar al corredor: presentíamos la tragedia.

—¡El señor Hernández!

Gritaba uno de los peones angustiado.

—¡Quedó sepultado!

—Las palas... ¡hay que salvarlo!

Del alud de tierra que brotaba por la puerta de la cámara, emergía con movimientos de espasmo en los dedos, la mano del ayudante del doctor Pereda. Enloquecidos retiramos las piedras; con palas sacamos la tierra; quedó al descubierto la cabeza irreconocible; resoplaba y escupía barro.

Gritos, órdenes, confusión; nos impedíamos unos con otros. Solo la serenidad del señor Hernández nos organizó:

—¡Apresúrense... puede haber otro dentro!... Creo alguien me empujó hacia la salida...

Luchamos en la media luz; sacamos cestos y paladas de tierra; el cuerpo del enterrado quedó al fin libre; proseguimos luego la labor de rescate en busca de otra víctima; un presentimiento tomó forma en mi mente... entre todos los trabajadores no veía la figura inconfundible y alta de mi padre... Asomaron primero sus manos crispadas... luego sus brazos con los músculos tensionados en un increíble esfuerzo postrero. El rostro ladeado, mantenía abiertos los ojos y la boca, llenos de tierra, en una mueca de dolor y desesperación; la sangre brotaba por las narices al reventarse sus pulmones; y sobre la espalda, el pesado dios de piedra...

Retrocedimos espantados; las lágrimas me cegaban los ojos; se cernía sobre nuestras cabezas, el convencimiento de un castigo de los dioses por profanar su reposo... Di una última mirada a la humanidad de mi padre, ensangrentado, aplastado por la estatua de piedra... corrí tras los otros trabajadores... Con un último sacudimiento, se vino abajo toda la tumba. Donde días antes existiera un tranquilo y verde montículo sombreado de robles, quedaba el terreno revuelto, confuso montón de tierra, tumba eterna del dios de la muerte que después de un millar de años cobraba el tributo de una nueva vida.

* * *

Luis Urriaga se vuelve a la María. La anciana tiene la cabeza hundida en el pecho, las manos quietas sobre las flacas rodillas; el sombrero de paja yace inconcluso en el suelo; un polluelo lo picotea travieso.

—¡Madre!

Ella no oye; duerme profunda, hipnotizada tal vez con la voz monótona, susurrante del hijo...

—¡Madre!

Repite. La María despierta.

—¡Oh! perdón... me he dormido... ¿qué decías?

EL REINO DE LAS SOMBRAS

Un horizonte de bosques sobre dos hileras de montañas, encierra el valle de Cunday; en uno de sus extremos se enclava la pintoresca población, ardiente, alternación de tejados y copas de árboles.

Del Este, corren torrentosas y espaciadas las quebradas, al bajar por los cerros de aplanada curvatura, riegan el fértil valle con plantaciones de cacao, plátano, o potreros delimitados por zonas arborescentes y lujuriosas, donde pacen jorobados los cebúes; en las horas ardientes del mediodía, buscan el sombrío en las arboledas y la frescura del agua en las fuentes; las palmeras reales, con sus plumeros airosos, completan el paisaje tropical donde el verde luce toda la variedad de tonos.

Luis Urriaga se aleja del pueblo, el rostro sudoroso, renegrido de sol bajo el ala deformada del viejo sombrero de paja; los rigores del clima no le impiden una exultante animación; se encamina a un lugar extraño. Es otro de sus raros mundos de actividad, donde domina solitario y encuentra justificación a su peregrina forma de vida: las Grutas de Cunday, vastas, misteriosas, reinos de la obscuridad.

Periódicamente siente dentro de sí la necesidad de alejarse aún más de la civilización; ama su profesión de guaquero y sin embargo lo atormenta; se enorgullece del museo clandestino, en la exótica morada de La Selva, pero su ambición insatisfecha por acumular tesoros no le permite la paz. En las grutas, bajo la superficie terrestre, por una razón incomprensible, se siente pleno y realizado.

Cuando traspasa el umbral que separa la luz de las tinieblas, la vida bajo el sol por el mundo ignoto de las entrañas terrestres, su estado anímico quisiera retenerlo para siempre en esos ámbitos. Tuvo esta primera sensación, años atrás en la gran Cueva de los Guácharos del Huila; días después de la muerte de su padre, el doctor Pereda lo llevó a conocer estos sorprendentes lugares, retumbantes de ecos por el paso crecido del Suaza; allí, bajo las altas y portentosas arcadas naturales, en el recorrido de los vastos salones de la caverna, creyó sentir la compañía de ángel guardián de Juan Urriaga. Y en busca

de esta presencia fantasmal y querida, penetra a cuanta oscuridad halla en su camino.

El descubrimiento de las Grutas de Cunday muchos años después, constituyó para él uno de los momentos más importantes de su vida. Aún recuerda el día que asomó a la estrecha boca; soplaban por ella la corriente de aire que arrastraba murciélagos y acordes sonoros de órgano; creyó que desde las profundidades, su padre lo llamaba para enseñarle los prodigios de la naturaleza no conocidos por nadie. Ahora, como entonces, va a cumplir una necesidad imperiosa.

Cuanto más se aleja de la población de Cunday, las chozas de techo de palma y paredes de bahareque recubierto con barro y pasto seco, se hacen menos frecuentes. Ciudad, poblado, chozas, tres grados de civilización. Ya en estas últimas, se siente retroceder a culturas primitivas... Y en la cueva, los albores del hombre...

Desde la sombra de los corredores, recibe el saludo de los habitantes; en las parcelas, el de hombres huraños de piel canela, torso desnudo y musculado; miran con desconfianza todo ser humano distinto a los pobladores del valle; está vivo en el recuerdo, el aporte de los forasteros con su política y violencia, que hasta hace poco ensangrentó la región con inusitada crueldad. A él no lo odian, ni lo relacionan con este azote, pero lo temen y respetan como detentador de los secretos de la Cueva Encantada; él, que recorre la región, no por los senderos trillados a la luz del sol, sino bajo la tierra fértil de sus campos, que saben inexplicablemente huecos, desde el día que el guaquerro irrumpió en sus dominios.

Cuando Luis Urriaga se presenta en una de aquellas chozas primitivas, hay inquietud en los hombres que empuñan el gastado azadón, o el machete delgado como un cuchillo de tanto afilarlo; son gente brava, víctima de la violencia por amor al terruño. Nada temen. Como una obligada compañera, han visto de cerca la muerte, unas veces poseyendo los seres queridos por una causa incomprensible para ellos; otras, la han aplicado en defensa de sus vidas, o por retaliación y venganza, sin que ello tampoco les haya reportado provecho. Son hombres-fieras por necesidad imperiosa de un absurdo, ordenado y apoyado por gentes de la ciudad que pregonan de detentadoras de la cultura. Hombrés-fieras, no compelidos por la naturaleza, con la cual han com-

batido desde la infancia y gastado sus herramientas de trabajo. Fueron sin quererlo, esclavos de la inteligencia corruptora de los dirigentes, falsos en las palabras prometedoras de un bienestar que nunca llegó y si los lanzó, en una acción asesina de partidos, de hermanos contra hermanos.

Al guaquero no lo odian; lo saben ajeno al crimen. Pero les inspira pavor de diablo sus andanzas inexplicables. Solo él se atreve en la Cueva Encantada del Moján, donde los decires imaginan millares de cirios encendidos, cada uno representación de la vida de un ser humano. Tal vez Luis Urriaga, cuando entra a la gruta, es quien apaga algunas de estas llamitas y provoca la muerte de algunos habitantes del valle. Por eso lo temen... Con pavor espiritual, sobrenatural... Cuando pasa frente de alguna vivienda y se detiene a pedir algún alimento, los hombres lo rehuyen y se ocultan en los siembros: no sea les eche el ojo. Las mujeres para no enojarlo, le sirven acuciosas, solo los viejos y los niños platican con él, y por coincidencia, son estos y aquellos los que más mueren.

* * *

Medio día. Hay sombra en el platanal que comienza a parir. Ladran los perros para denunciar al extraño. Emerge éste en un calvo frente a dos chozas de palma.

El viejo Eustacio cubierto de arrugas e hirsuta barba blanca, los miembros descarnados, la ropa haraposa, color de cera en la piel, asoma a la puerta, grita con voz carrasposa de tabaco:

—¡Julio!... Vea quién viene.

Del cacaotal asoma y observa al recién llegado, un joven no mayor de veinte años, quemado de sol y trabajo. Cuando reconoce al guaquero contesta:

—Es don Luis... ya está a su lado.

El viejo guiña los ojos ya ciegos, gira en torno suyo, se enfrenta a la borrosa figura:

—¿Don Luis Urriaga?

—El mismo Eustacio... ¿así está de ciego?

Tras las barbas sonrío el viejo, levanta las manos, lo palpa afectuoso:

—Estos ojos ya no me sirven... ¿Va a la cueva don Luis?... ¿Por qué no apaga mi vela?

Ríe el guaquero forzado:

—No me diga Eustacio que usted también cree esos cuentos.

El anciano guiña los ojos con restos de picardía; palmea las manos huesosas, muy bajo murmura:

—¡Ojalá lo creyera... ya estoy tan inútil!

Las ramas que descuaja en el vecino cacaotal el joven Julio, producen un ruido lastimero; se escucha desde la construcción de la cocina, tejido de varas horizontales amarradas a los cuatro postes que sostienen la cubierta piramidal de palma. En el zarzo hay bultos con provisiones; en un rincón, el montón multicolor de frutos de cacao; a lo largo de una de las paredes, el fogón de piedra y tierra cocida donde rojean las brasas; una muchacha de quince, calienta tinto para el huésped, como preludio al almuerzo de yuca sudada y sopa de armadillo; del techo, como péndulos, cuelgan dos calabazos para sal y azúcar; en el piso de tierra, entre una camada de perritos, patalea con vigor un chiquillo mofletudo; sonríe y juega con un chucho fabricado con una abultada semilla, por Eustacio en su amor de abuelo; en las bancas brillantes de uso, se sientan Eustacio y el guaquero, quien ofrece al anciano tabacos de la ciudad, con anillo dorado, traídos especialmente para él. Toma el viejo uno, con entusiasmo de chicuelo, achica los ojos para divisar su dimensión y color, lo huele profundamente, exclama con picardía impropia de su edad:

—¡Ah!... ¡Olor de mujer amada!

Y suelta una risotada. La muchacha se sonroja y les da la espalda.

—Don Luis... no sabe cómo extraño estos tabacos que usted me trae... me recuerdan mis tiempos...

El viejo relata la conocida historia cuando inició su lucha con la selva:

Todo el valle era un espeso bosque; monte y más monte le cerraba a uno el paso; tierra de tigres y venados. A puro machete, con estos brazos, hice la finca... Robé a la selva cada

pedazo; árbol que caía, porción que rozaba... cacao que sembraba. Fui el más próspero en el valle.

Al entusiasmo que le anima las facciones, viene una expresión de tristeza:

—Esta era la mejor finca... Mía a pesar de no tener escritura. Hecha por mí... desmontada por mi esfuerzo... sembrada con mis manos... mía por posesión... ¿Verdad que es mía don Luis?

—Claro Eustacio... claro que es tuya. ¿Por qué lo preguntas?

El viejo no contesta de inmediato.

—Verá usted... los domingos madrugaba al pueblo; era fuerte, joven... había muchachas... y brandy... y buenos tabacos. ¡Ah! Qué buenos eran esos tabacos... Aún mejores que estos que me trae.

Echa humo el viejo; babosea la punta del cigarro; continúa en un monólogo:

—Esta era buena tierra... hasta que llegaron los políticos... ¡Malditos! Todo se dañó; no más trabajar la semana... solo cuadrillas de bandoleros... policía... ejército; hasta los curas se metieron. La gente antes buena y tranquila se corrompió. Todo fue destruído. Mi finca quedó arrasada cuando más la necesitaba... bueno, ya tal vez ni tanto, pues al Pedro, Juan y al Ignacito me los mataron... Solo quedó Julio que ahora tiene esta muchacha.

Señala a la jovencita y grita:

Faustina... ¿quíhubo del almuerzo? Don Luis trae hambre.

La muchacha mira risueña al guaquero con ojos de niña-mujer; mete bulla a las ollas; el viejo prosigue:

—¿Sabe don Luis?... ¿Sabe lo que es la violencia?... y ahora para completar, como no tengo escritura, me piden presentarme al pueblo e inscribir mi nombre, que van a rifar tierra en eso que llaman la Reforma Agraria. Que me van a trasladar a otro sitio porque el gobierno compró estas tierras a quien era su dueño. Un doctor no se qué... dizque dueño del valle... viejo como yo, pero que nunca conoció sus haciendas hasta ahora que vino al pueblo para negociarlas... ¡Carajo! Y sin un-

tarse las manos. ¡Maldito!... Qué tierra va a ser suya si nunca la ha trabajado.

Eustacio chupa el tabaco con rabia; escupe.

—El gobierno va a sortear la tierra entre los campesinos. De seguro lo más que me toca, es un peladero en el Alto de las Tristezas, abonado con sangre de la violencia... Y esta mi tierra, que he trabajado toda la vida... ¡Carajo don Luis! Apague usted mi vela.

* * *

Las chozas de Eustacio quedan atrás, el viejo en un solo lamento. Por la falda rocosa, donde solo se alimentan espinos, sube Luis Urriaga con expresión melancólica, provocada por las penas del anciano. Mariposas de bellos colores, esmaltan de policromía los chamizos y las lajas. La curvatura regular del cerro, se ve a la derecha interrumpida por un profundo tajo, labrado por la erosión de las aguas de la Quebrada del Encanto, cuya voz torrentosa sube hasta el guaquero, quien cree oír en ellas un saludo.

Con familiaridad conocedora de la ruta, distingue uno a uno los vericuetos de la senda ascendente, hasta rematar al pie de un coposo guácimo, enraizado precariamente al borde del precipicio. De allí en adelante, prosigue en equilibrio por una repisa de roca que lo lleva hasta las orillas del caño, donde contrasta la vegetación con su exuberancia de helechos gigantes, balazos, troncos seculares de árboles con los ramajes inquietos de vocinglería de loros. Un olor mohoso emerge del piso a donde no llega el sol por la tramazón de los ramajes; el musgo, la hojarasca negra, los troncos podridos, anuncian a Luis Urriaga la proximidad de la cueva, lo hacen olvidar de las penas de Eustacio, le hacen sonreír y apresurar el paso para asomarse al umbral de la caverna.

Ante ella se detiene, se acucilla, escucha con deleite su voz profunda y musical originada en las entradas de la gruta solo conocida por él, es este rugir de la caverna, la causa del pavor de los campesinos, que le atribuyen poderes sobrenaturales. De la mochila extrae la linterna, prueba el funcionamiento, sin vacilar se escurre por la estrecha abertura...

* * *

Un ámbito fantasmagórico lo rodea. Entre grandes pedruscos, apilados por un alud, se desliza hasta llegar a un amplio salón de techo curvado; el brillo de plata fulge en la laja al pasar sobre ella el chorro de luz. El suelo rocoso se inclina en la misma curvatura hasta lejanas profundidades, donde bulle estruendosa la quebrada; grandes moyas labradas por las aguas, le salen al paso, lo obligan a saltar con agilidad felina; otras las sorteas al caminar en equilibrio sobre esbeltos arcos que van de un borde a otro; en una de ellas se inclina, bebe en el cuenco de la mano. Entre un laberinto de bloques blancos como sal, al ser iluminados, se pierde en las vastedades subterráneas de la Gruta de Cunday.

Luis Urriaga a vuelto a sus dominios, mundo solitario donde no se atreven otros humanos. Son sus grutas... allí la naturaleza ha desarrollado la fantástica arquitectura de formas calcáreas y cristalinas, de las cuales es él único conocedor y dueño.

Horas después, una luz vacilante llena de resplandores, juego de luz y sombra, las increíbles dimensiones de un salón. El techo en curvatura amplia y perfecta, de negros tonos como pulida diorita, se alza desde los extremos donde se apoya, hasta una altura central de treinta metros; lucen brillantes las incrustaciones estalactíticas, unas veces en largas y niveas hileras de festones, o en primorosos florones simétricos, o descenden como lanzas de cristal sobre rojizas, abultadas y deformes estalagmitas, afirmadas en el suelo convulso de campaneantes lajas sueltas.

En el centro del recinto, sobre un promontorio, completan la decoración un grupo de estalagmitas monumentales; algunas semejan totems de hasta veinticinco metros de altura, de aspecto cambiante según el lado por donde se las mire; o representaciones de los animales que en épocas remotas poblaron la tierra; algunas tienen la impresión de ser figuras humanas retorcidas, petrificadas hace siglos en la noche perpetua de las cavernas; sobre el conjunto de raras formaciones, se extiende un maravilloso dosel de millares de cristalinas y goteantes agujas, sostenido por dos robustas y colosales columnas, marco impresionante de este singular escenario.

Ante él se ve insignificante el guaquero; percibe con sensibilidad de éxtasis las voces de la tierra, profundos ecos acre-

centados en las lejanas oquedades: voz de la quebrada encantada que discurre a sus espaldas, por cauces recónditos e invisibles; voz del viento al recorrer kilómetros de túneles y laberintos, con diapasones de órgano o de trompa; voz de millones de gotas de agua, desprendidas del cristal opaco de las estalactitas para producir tintineos de campanillas; chillar de murciélagos que van y vienen en incansables revoloteos, o se apiñan como racimos rojizos en la porcelana de los florones; chirrido intermitente de grillos de antenas gigantes y cuerpo transparente; orquesta inconcebible de la Gruta del Moján, en cuyo piso, como cirios apagados, sin pabilo, se levantan centenares de pequeñas formaciones, como colocadas allí por un alocado habitante de las cavernas.

Luis Urriaga tiene un pensamiento para el mundo exterior; cree oír la voz del viejo Eustacio que pide apague la vela de su vida... Pero si todas están apagadas... Solo hay luz en la esperma que lo alumbra... la Gruta del Moján es un reino de tinieblas...

Con todo, se inclina, parte de un golpe uno de los cirios calcáreos, observa su corazón cristalino, con él a manera de instrumento, llega hasta una cortina que del techo cuelga hasta casi tocar el suelo... golpea las estalactitas levemente... emiten un sonido claro, como de marimba; el guaquero también crea su música para acompañar al concierto de la tierra: compases de marimba, viento, quebrada, murciélago... lo proclaman allí rey. Su mirada corre por todos los rincones del salón... En sus pupilas se acentúa una chispa de poder y dominio... le parece que todas las figuras adquieren vida... lo rodean... le rinden homenaje. ¡Son sus súbditos!

Una risa apagada, constreñida, brota de los labios de Luis Urriaga... ¿Habrà muerto el viejo?... Responden a ella los gritos de los murciélagos como coro de risas histéricas o murmullos que proclaman secretos... Deja de tocar la marimba de roca... el encanto cesa. Nada se ha movido. Todo sigue igual... Ha sido fantasía...

Fatigado por las horas de marcha vuelve al montículo de las estatuas; en un arenal deja caer la mochila; a su lado se tiende de espaldas, con la mirada clavada en los florones del techo donde bulle la vida de las cavernas. La actividad de su ser se reduce a escuchar; la esperma agota la existencia...

todo se sume en la más innarrable obscuridad. Aparentemente deja su cuerpo material... se le diluye en las tinieblas. Solo su mente flota, deja de ser hombre para transmutarse en pensamiento; sueña, clama por permanecer allí, en ese estado... por la eternidad en esa tumba maravillosa... Duerme...

En pesadilla o sueño, recorre uno a uno los inmensos parajes de la Gruta del Moján, con el prodigio de sus mil lugares: La Cruz de Roca... La Cueva de las Perlas... Los panales geológicos... el Salón de los Castillos... la Sala de los Geolitos... el pavoroso Paseo de Litoclasa... el Nicho de las Arañas Gigantes... La Playa de los Fósiles... la Cueva de la Luz... La Miel de Roca... los Petroglifos de Humo... el Rincón del Catafalco.